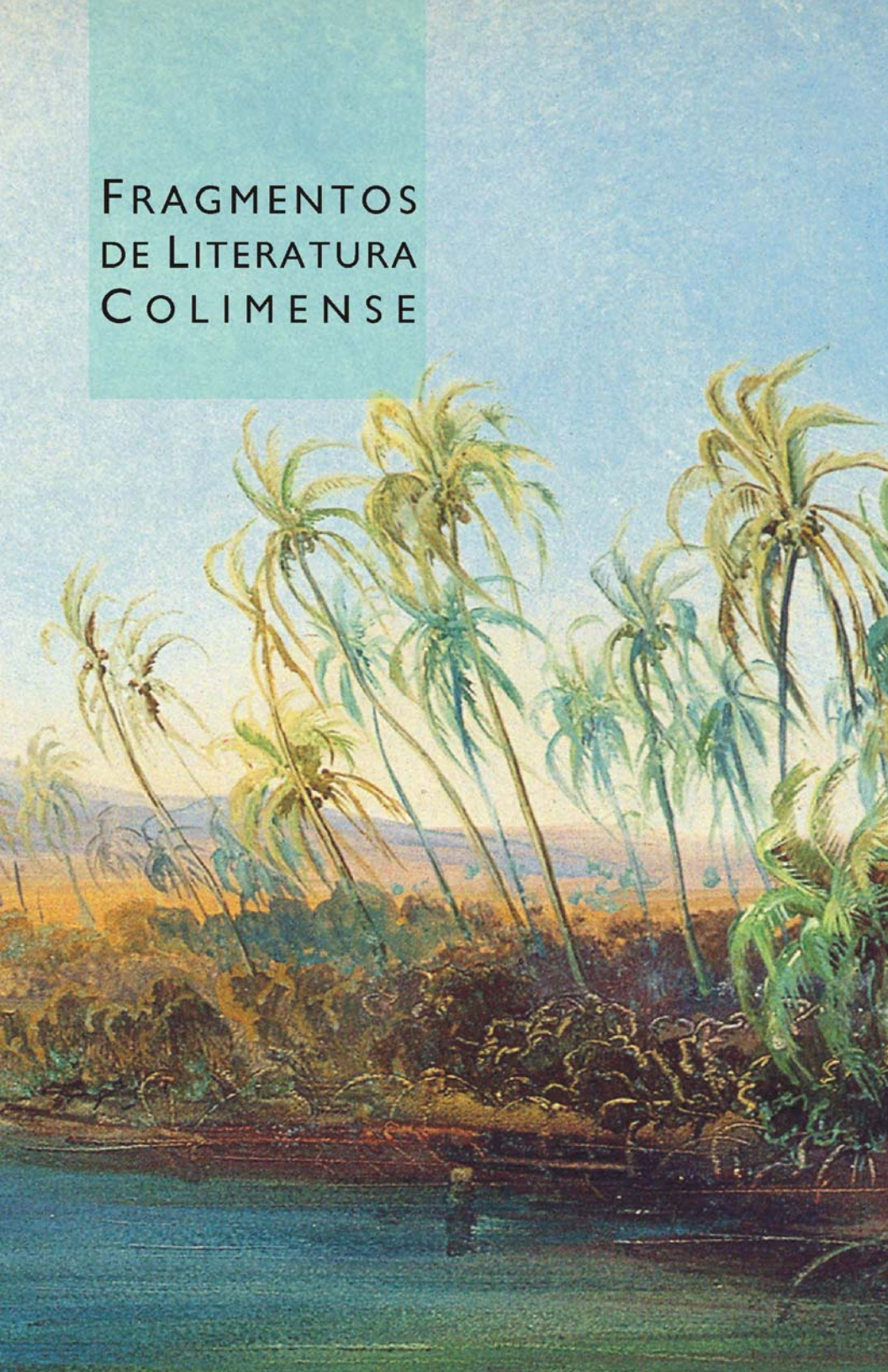
Fragmentos de Literatura Colimense



Fragmentos de Literatura Colimense

Jesús Silverio Cavazos Ceballos
Gobernador Constitucional del Estado de Colima

Héctor Michel Camarena
Secretario General de Gobierno

Rubén Pérez Anguiano
Secretario de Cultura

Selección y notas: **Rubén Pérez Anguiano / Víctor Uribe Clarín**

Ilustración de portada: Johann Moritz Rugendas. *El río Colima con el volcán y el nevado de Colima*. 1834. Óleo sobre cartón. 24.9 x 36 cm. Ibero-Amerikanisches Institut, Preussischer Kulturbesitz, Berlín.

D. R. © 2008
Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura
Calz. Galván Norte esquina Ejército Nacional s/n
Tel. (312) 31 3 06 08 / C.P. 28000 / Colima, Col.

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

PRÓLOGO

No tenemos en las manos una antología, sino una colección arbitraria de fragmentos de algunos representantes de la literatura colimense. Su propósito es despertar el apetito lector, lo mismo que el deseo por descubrir o redescubrir a los autores y procurar sus textos.

Es también un homenaje a las letras colimenses, en el digno escenario del *Mes colimense de la lectura y el libro*.

Un homenaje merecido. En Colima tenemos letras que brotan por todas las esquinas: debemos recuperarlas y hacerlas nuestras con la lectura.

Con esta edición, el Gobierno del Estado de Colima, por medio de la Secretaría de Cultura, llegará a miles de lectores en la entidad.

MIGUEL GALINDO

Don Miguel Galindo, médico, escritor, funcionario público, promotor cultural y poeta, escribió una ponencia: Colima en el espacio, en el tiempo y en la vida, *para ser leída en una sesión de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1928. De ella, extraemos algunos párrafos que revelan su sensibilidad literaria, su erudición y su amor por esta tierra: la nuestra. Utilizamos la edición del* Club del libro colimense, *México, 1963.*

Como puede apreciarse en estos fragmentos, Galindo justifica la proverbial tranquilidad colimense como un efecto directo de la naturaleza, lo mismo que esa ocasional inclinación a la violencia, de la que existen algunos testimonios. Otros aspectos del ser íntimo los traslada a la cercanía familiar y de barrios, incurriendo —quizá sin proponérselo— en otro rasgo colimense: la inclinación a adjudicarle a los de fuera *los defectos mayores, como las* raterías.

Galindo atiende, además, las emociones de los fundadores hispánicos y el exuberante amor hacia la tierra —como la Mesopotamia, fundada entre dos ríos—, que lo lleva a señalarla tan digna como la propia cuna de la humanidad.

Es especialmente bello el pasaje de la rifa de santos *y la recuperación mítica del origen del culto local a San Felipe de Jesús.*

Los subtítulos que ofrecen un marco a estos fragmentos son de los compiladores.

De la región y el ser colimense

Si por una parte hay suma facilidad para satisfacer las necesidades de la vida, por la prodigalidad de la Naturaleza, en cambio el calor constante y elevado, la humedad que dificulta la transpiración, la atmósfera haciendo presión de catorce toneladas sobre el individuo, dan por resultado una cierta lasitud corporal, una pereza material e indolencia intelectual para toda empresa que signifique grandes esfuerzos, y hay propensión a la vida muelle y tranquila. Sin embargo, las altas temperaturas irritan la sangre y producen no escasa inclinación a los actos de violencia; pero, en cambio, la fecundidad de la Naturaleza ha originado una elevada honradez en lo relativo a la propiedad, un respeto absoluto a lo ajeno. En la historia de las poblaciones colimenses se han hecho notables los robos y raterías, sólo cuando los trastornos políticos generales han llevado hacia ellos habitantes de otras regiones. Los nativos de Colima tienen, por decirlo así, el instinto invencible de respeto a la propiedad ajena. Por eso su carácter es franco y servicial; las comunicaciones familiares abarcan barrios enteros y ellas traen aparejada indiscreción, ya que en la presentación de servicios gratuitos y espontáneos son imprescindibles las confidencias íntimas, y la franqueza del carácter colimense ha sido siempre una de las mayores atracciones para los extraños.

La emoción española y el lugar elegido

Hermoso era el sitio, lo es todavía, escogido por los españoles citados para formar su nueva y perpetua residencia. El Río de Colima, que hoy atraviesa la ciudad, era en aquel entonces de caudalosa corriente; sus márgenes pintorescas y sinuosas formaban remansos que invitaban al baño, tanto más tentador cuanto ardiente el clima; abundantes árboles de espeso frondaje proyectaban fresca y bienhechora sombra y ofrecían sus sabrosos frutos, lo mismo que las esbeltas palmeras de penachos murmurantes. Tentador como pocos era el paisaje, y con razón atrajo con su fecundidad y hermosura a los guerreros que al pasar lo contemplaron. Por eso se quedó una parte de ellos, se quedaron en los que dominó el instinto agricultor al guerrero. Todavía en algunas pinturas se percibe la esplendidez antigua del paisaje en las vegas del río, hoy urbanizadas; los modernos han destruido la obra de la Naturaleza substituyéndola con obras de mala arquitectura; las arboledas frondosas se han retirado de las márgenes del río en que dejaron la armadura los conquistadores para ponerse a cultivar la huerta.

La Mesopotamia de América o casi la cuna de la humanidad

Lo atractivo del paisaje colimense que detuvo en su marcha a los conquistadores que fundaron la capital, la fecundidad de sus tierras, la abundancia de sus huertas, la variedad de sus flores, hicieron que muchas familias españolas fueran a radicarse en esa especie de paraíso que, de no estar en América, debió estar en el Asia, en el fondo de la Mesopotamia, cabe las floridas márgenes del Tigris o del Éufrates, y ser, en fin, el que soñó la parabólica fantasía hebrea para darlo de cuna a la humanidad. Por eso Colima bien pronto creció, y sólo la lejanía de la capital, y particularmente del puerto de Veracruz, entrada principal de la inmigración europea, hicieron que se mantuviera en una modesta medianía de población, capaz de darle las ventajas de la concurrencia, sin quitarle las que proporcionaba la naturaleza exuberante y agreste.

La "rifa de santos" y el origen de una devoción

Erupciones volcánicas, temblores e incendios, son frecuentes. El temblor de 1609 aterrorizó a los habitantes más que a otros, y por tal motivo se procedió a la elección de un santo tutelar de la Villa de Colima que la librara de estos fenómenos. Se reunió el Ayuntamiento para hacer una "rifa de santos". Iba a comenzar la sesión, cuando un franciscano se acercó al portero de la Casa Consistorial diciéndole que fuera con los regidores y les dijera que pusieran en las cédulas a San Felipe (santo mexicano que fue franciscano), y si resultase electo, les sería buen patrono. El portero cumplió el encargo, se llegó sigilosamente a cada uno de los munícipes y les pasó el recado del franciscano. Se verificó la rifa y por tres veces seguidas el triunfo fue de San Felipe de Jesús. Se buscó al franciscano que dio el consejo y no se le pudo encontrar; no fue alguno de los existentes en la Villa. Alguien exclamó sorprendido: "El Santo en persona vino a ofrecer sus servicios a la población". Esta noticia corrió luego por todo el vecindario, cuya alegría y entusiasmo llegaron al delirio. Ayuntamiento y vecinos juraron solemnemente festejar cada año al Santo con las ceremonias de su culto, además con procesiones, carros alegóricos, iluminaciones, etcétera.

RICARDO GUZMÁN NAVA

Ricardo Guzmán Nava encarna, en muchas oportunidades, a las letras colimenses. Profesor, escritor, funcionario educativo y político, dedicó muchos de sus esfuerzos al reconocimiento y divulgación de la amada entidad, Colima, compilando sus expresiones literarias y ensayando su geografía y su historia, sin olvidar la biografía y descripción de algunos de sus personajes notables y pintorescos.

También escribió poesía, de la cual se seleccionó una bella muestra, un poema dedicado a La Feria de Todos Santos, *donde recupera el sabor provinciano de la más importante festividad colimota y hace un recuento de algunos signos de identidad. El poema se convierte además en un magnífico pretexto para la añoranza del amor, de las sensuales emociones juveniles y del ser nativo.*

La Feria de Todos Santos

I
¡Feria de amor y alegría!
bonita por ser trigueña,
hembra preciosa y costeña
¡te quiero porque eres mía...!

En tus ojazos cabría
el verdor de tus maizales,
o el azul de los cristales
que rompes en la bahía.

Cual tus labios de alfajor
la faja con que me ciño,
me envuelve en rojo cariño
por el fuego del amor,
que se quema en el calor
al roce de tu corpiño.

II
Abrazaré tu cintura
angosta, sobre el corcel,
para beberme la miel
de esa fruta ya madura.

Y si la suerte le dura
a ese amor aventurero,
le juro a Dios que primero
nos vamos a ver al cura.

Envuelta con tu rebozo
colimote y dominguero,
esos ojos de lucero
me verán con alborozo,
robarte un beso sabroso
bajo el ala del sombrero.

III
Prendido el sol en tu pecho
riega el oro en las mazorcas,
para llenar las alforjas
mientras descansa el barbecho.

Tus volcanes en acecho
se miran en tu silueta,
por presumida y coqueta
y orgullosa que te has hecho.

¡Feria de la tierra mía!
antañona y vocinglera,
si mi espíritu pudiera
con ganas te robaría,
el sabor de tu alegría
tus auras de primavera

IV
Alégrame el corazón
con la sangre de tu boca,
por si en esta vez me toca
hacerme ya la ilusión.

Si te mueve a compasión
este dolor que me aloca,
dame el amor que provoca
la fiebre de mi pasión.

Tu amor esquivo se fuga
y así mi sed no se apaga,
dame en jícara dorada
tus frescos labios de uva,
que ponen miel a la tuba
con tus besos de cocada.

V
En tu feria pueblerina
vuelca la tierra sus dones,
hay fragancia de perones
y un santo olor de cocina.

Con tiras papel de china
la vendimia se alborota
y luce más colimota
la exquisita golosina.

El añil de tu marina
playa que besa la espuma,
con los rayos de la luna
se engalana en seda fina,
mientras jocunda te empina
la rueda de la fortuna

VI
Para quererte sin prisa
jamás me podré mudar,
porque me fui a resbalar
en tu bruja Piedra Lisa.

Tu ardiente carne mestiza
que se ondula al caminar,
tiene el vaivén de un palmar
y el alma pura y castiza.

Cuyutlán puso en tus ojos
la esmeralda de su mar,
Suchitlán supo bordar
en tus enaguas los rojos,
colores pa' tus antojos
con fulgor crepuscular

VII
Con azúcar de sus cañas
te hizo dulce Quesería,
esa voz que a su alegría
las penas le son extrañas.

Nunca la tristeza engañas
con falsa melancolía,
que de noche pintaría
el arco de tus pestañas

Manzanillo hizo derroche
con azul de tus ojeras,
y en estampas marineras
te lo devuelve en un broche,
para que luzcas de noche
las perlas de sus quimeras.

VIII
Todita güeles a mango
dulce guayaba de china,
que en esta feria divina
tus sabores voy probando.

Emociones va dejando
tu garbo cuando camina,
y en un poema se afina
mi lira que está soñando.

En la prisa del huapango
luzco una hembra ladina,
cayéndose de catrina
mientras zapatea el fandango,
con la música tocando
"Camino Real de Colima".

IX
En una fiesta sencilla
mi amor quedó amarrado,
pues lo dejaste embrujado
con sopitos de la Villa.

En mi potranca tordilla
traigo un cariño robado,
que en los toros he lazado
con piales de lechuguilla.

Hay jolgorio en el tablado
la chirimía sufre y chilla,
cuando un ranchero de silla
va en el toro encaramado,
pide tocar "La Vaquilla"
y "El Novillo Despuntado".

X
Aumenta la gritería
con las voces del gritón,
que va diciendo el pregón
de la ingenua lotería.

En tu feria algarabía
fiesta de corrido y son,
que en tumbos de guitarrón
suenan de noche y de día.

Puso el alma en estribillo
la musa de Tecomán,
para cantar con afán
en su lenguaje sencillo,
el mariachi del Chiquillo
"Las Olas de Cuyutlán".

XI
La boruca ya se ha ido
se fue con su paso lento,
suave se desliza el viento
que ni el silencio hace ruido.

Sólo quedóse prendido
mi amor costeño y violento,
acurrucado y friolento
en tus brazos se ha dormido.

De violines un lamento
suelta sus notas de plata,
en la calle hay serenata
y llora con sufrimiento,
en la reja de una ingrata
el dulce vals "Sentimiento"

¡Feria de amor y alegría!
bonita por ser trigueña,
hembra preciosa y costeña,
¡te quiero porque eres mía...!

BALBINO DÁVALOS

Balbino Dávalos, nació en Colima en 1886. Fue periodista, traductor, diplomático y rector de la Universidad Nacional. Miembro de las más prestigiadas academias y sociedades científicas de su época. Publicó poesía, traducciones y ensayo literario.

Balbino Dávalos, durante años fue olvidado, por los colimenses, quizá porque los mejores frutos de su talento conocieron la luz en otros ámbitos, lejos de su adorada costa nativa.

En años recientes, los esfuerzos combinados de instituciones como la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado y la Universidad de Colima, permitieron una mayor difusión de su obra en la entidad.

En 1904, cinco años antes de que se publicara Las ofrendas, *obra de la cual tomamos los textos que a continuación se presentan; José Juan Tablada escribió sobre el escritor colimote: "Son pocas sus poesías y sus paráfrasis, porque la pieza más pequeña, la más leve estrofa, representa una labor exquisita y minuciosa, labor delicada de miniaturista y de orfebre. Sobre el campo amarfilado de un pensamiento melancólico o en el oro de una bella idea, va incrustando las palabras o aplicando los vocablos como armoniosos esmaltes. ¡Y limadas las excrecencias, frotadas las facetas de las pedrerías erizadas, aquella joya se sacude con estremecimientos sonoros y vibraciones argentinas, llena de música y de colores, como el collar de una odalisca agitado en un rayo del sol de Oriente!".*

En la playa

Sentémonos aquí, sobre la arena;
que la espuma tus pies bese al llegar.
¿No sientes la emoción que me enajena,
la voz oyendo del rugiente mar?

Mira esas olas que en turbión se agitan
y rápidas resbalan hasta aquí,
parece que se agolpan, que palpitan
y se atropellan por llegarse a ti.

¿Que qué son esas tablas?...Los despojos
de algún barco infeliz que naufragó;
mas no mires al mar: vuelve esos ojos,
nublados de misterio y de emoción.

¡Qué fresca y luminosa tu sonrisa!
Sonríe así... ¡así!... ¡Qué hermosa estás!
¿No te causa molestia que la brisa
te agite los cabellos al pasar?

Me amas... ¡Verdad!... Lo siento, vida mía,
en la luz, en el aire, en todo- ¿Y yo?...
¡Una gota ese mar sólo sería,
comparado a lo inmenso de mi amor!

Ven más cerca de mí; dame tus manos;
tu aliento tibio déjame beber;
déjame, de tus ojos soberanos
en el sereno azul, mis ojos ver.

Dame tu boca; que a la mía se una
esta vez, y otra vez, y cien, y mil...
¿Oyes cantar esa ave? ¡Qué importuna!
¡Que se atreva a cantar junto de ti!

Háblame... Si supieras, cuando escucho
el verso de tu voz, ¡qué feliz soy!
Di que me quieres, que me quieres mucho,
¡tanto quizás como te quiero yo!

¡Pero, calla!... Del aura siento agravios...
Se lleva tus acentos hacia el mar.
Enmudezca tu voz; cierra tus labios;
háblame con los ojos nada más.

1885

La nave

La mar está en calma, la brisa muy suave,
¡venid, compañeros, la barca acercad!...
¿Soñáis con la dicha?, ¿queréis la fortuna?
Confiemos entonces la nave al azar.

¡Mirad qué gallarda se mece en las olas!
Plegad esa vela... Los remos soltad...
¿Veis ya cuán ligera cortando va el agua
tan sólo al impulso del viento del mar?

En tanto de tierra se aleja la nave,
del viento y las olas al grave compás
cantemos alegres al mundo, a la vida
y al hombre que libre se encuentra de afán.

La cumbre escarpada de la última roca
se hundió en lontananza, mas no hay que temblar.
¡Si vais tras la dicha, dejad que la nave
camine al impulso del viento del mar!

Frente al mar

¡Oh mar de mi adorable costa nativa
que se abrasa en el fuego del sol poniente,
al fin te miro, y hierve, con el candente
hálito de la tarde, mi sangre altiva!

Las brisas salitrosas, en fugitiva
parvada de recuerdos, queman mi frente,
y al estruendo armonioso de tu corriente,
el amor que te tuve crece y se aviva.

¡Cuando niño, en tus aguas el cuerpo hundía;
tus espumas de plata me fascinaban,
y el golpe de tus olas me estremecía!

Hoy que al mar de la vida torno sereno,
desdeñando peligros que no se acaban,
¡cuán dócil me pareces, cuán manso y bueno!

Coyutlán (sic), Colima, 28 de noviembre de 1902

JORGE PORTILLO DEL TORO

Jorge Portillo del Toro, maestro universitario y normalista, se especializó en la enseñanza de la filosofía. Publicó dos libros clave en la historia literaria de la entidad: Más allá de los ocasos, *una colección de poesías líricas y meditaciones, y* Rapsodia en cero absoluto, *prosa que alcanza momentos deslumbrantes por su agudeza y originalidad.*

En sus escritos se dibuja el conflicto de una profunda fe templada por la reflexión y la duda.

Muchos colimenses lo recuerdan, no sólo por la brillante etapa de su actividad magisterial, sino también por su buen humor y el filo de sus comentarios cotidianos.

Una imagen nos acompaña al escribir estas breves notas: el maestro caminando por la calle Madero, saliendo del café del mediodía, con su mirada tranquila y su gigantesca estatura, allá por los años setenta del siglo pasado.

Para esta edición, seleccionamos algunos fragmentos de Oximorón, *un bello e inquietante cuento recopilado en el libro* Rapsodia en cero absoluto *(Club del libro colimense, México, 1978), donde recupera con acierto el mito del inmortal, antes que el tema volviera a la moda con el cine y la literatura, y los bellísimos* Romances de Colima, *tomados del libro* Más allá de los ocasos *(Universidad de Colima, 1982)*

Los subtítulos del Oximorón *son de los compiladores. Lo advertimos.*

Donde habla el inmortal

—Me llamo Ahasvero. Quizá hayas oído hablar de mí o lo hayas leído en tus libros. Se me tiene por una fantasía, pero ya ves que soy real. Como tantas otras cosas que niega el cientismo. Que no las comprende porque están más allá de las categorías de tiempo, espacio y causación, y son inasequibles a los métodos de la ciencia. Los árabes me llamaron Al Jadir, el Verdeante, el eternamente joven. Algunos me han confundido con Oanes. Pero él era un dios que salía de las aguas del Éufrates, como un pez, a enseñar su sabiduría a los babilonios. Después fue Johanes, la voz que clama en el desierto anunciando la venida de Cristo. Soy el judío errante, así me llaman los que ignoran mi nombre. Y hasta suponen que fue Jesús quien me condenó.

—No fue así. Pregunta por Alejandro, el Dulcarnain. Yo acompañé al Bicorneo en su expedición a la Sogdiana, más allá del río Oxus que cruza la región Bactria. Era el año 327 a.C., llegamos a las riberas del Yaxartes donde Alejandro fundó la Alejandría Escata. En las montañas Parapanizades encontramos las fuentes del Oxus, que hoy llamamos Amu-Daria, y allí, en un paraje que nadie ha vuelto a encontrar, bebimos del agua de la vida y fuimos inmortales sin saberlo.

(...)

—Podría contarte más historias, pero qué ganarías con ellas; confundirte más sin aclarar tus dudas. Más vale que creas en mí; no soy inmortal, pero nadie conoce el fin de mis días. No te impacientes, a pesar de mis largos años sigo siendo humano; hablo demasiado de mí.

La duda y la prisión de las palabras

El sacerdote no se había dejado ganar del todo por la pasión. Con una calma, ciertamente controlada con esfuerzo, se mantenía a la espera. Dejaba correr los acontecimientos sin resistencia. Pensaba no adelantarse a los hechos, y dejarle de su parte al azar que a veces resuelve sorpresivamente los problemas. Estaba dispuesto incluso a ceder, si el valor le faltaba; pero se obstinaba en la situación extrema de la muerte como posible camino de la salvación.

Se tendió en el lecho y tomó un libro al azar. Leyó unas cuantas líneas sin atención y luego volvió a sus pensamientos. Escuchó el tañer de las campanas de Tejada llamando a la oración y se santiguó. Recordó las campanas de Tarazona en su ya lejana niñez, y la apuesta figura de su padre, la vez cuando volvió de Marruecos. Muy alto y derecho, con el delgado rostro cetrino curtido por los soles del Sahara.

Paulo Descoll siguió del hilo de sus pensamientos.

—Muchos teólogos, entre ellos Santo Tomás, afirman que no es dado ni a Dios cambiar lo sucedido. Pero, como dice el Jadir, ¿qué es lo sucedido?, ¿dónde está que no sea en mi conciencia como una perspectiva a la que estoy atado?

—Palabras. Sólo palabras. Como el contenido de los libros: las charlas, los estudios, las lecturas, las ceremonias. Cosas pensadas. Sueños. Una tupida red de las palabras de la que no es posible escapar. Si me fuera dado borrar de mí unas cuantas de esas palabras con que se escribió mi vida. Si pudieran ser olvidadas por mí y por cuantos las escucharon, y por todos los que han sido alcanzados por ellas, no existiría ni el sacerdocio, ni el voto pronunciado, y yo sería libre. Sería otro. Y tendría otra vida.

—Soy una historia. Todo hombre es una historia escrita ante testigos y en los testigos, para que no pueda ser borrada después. Cuánto es verdad que estamos hechos de palabras. Verbo... de la misma madera de los sueños.

—¿Qué soy en verdad, despojado de la investidura de las palabras? ¿Antes de que las palabras hicieran de mí lo que ahora soy? Sólo un hombre. O quizás apenas un proyecto de hombre. No un sacerdote atado por los votos. Ni tampoco un demonio pequeño como Ahasvero.

De "Romances de Colima"

Ayer

Tienes sabor provinciano
de tuba compuesta y dulce
y te dan fama por buenos
el alfajor y los fustes.

Desde el parque hasta la Villa
se extiende tu caserío
y es una costura el río
desde una a la otra orilla.

Hermana de tus volcanes,
de fuego uno, otro de nieve,
que velan tu sueño agreste
y embellecen los paisajes

Bien pudieran ser tu escudo,
que son prez de tu linaje.
Se dice que no son tuyos
pero tú lo adoptaste.

Y es verdad, pues nadie atina,
vecino de otros lugares,
a imaginarte, Colima,
sin cocos y sin volcanes.

La fama tienes de inquieta
por tu volcanes gemelos.
Yo te he sentido, coqueta,
temblando por no ser menos.

Y con tantos movimientos,
que armas gritos y revuelos
a toditas las iglesias
les quitaste los sombreros.

En las mañanas serenas
te alegran los pregoneros.
Cantan de fruta las huertas
y circulan los tuberos.

Pero nada se compara
con ir a la Piedra Lisa
con una morena guapa
que hace alarde de maciza.

Del centro a la Palma Gacha
anduve mucho el camino
por una linda muchacha
que tuvo amores conmigo.

¡Oh! mi Ciudad de las Palmas
que sabes a coco y sal.
Tienes tu santo, Felipe,
y tu padre Sandoval.

Tus mujeres y tu tuba,
tus huertas y tu alfajor.
Tus puentes y tus jardines
muy propios para el amor.

Qué tiempos aquellos eran
los que yo quiero contar.
Que ojalá y no fuera viejo
para volver a empezar.

Así oí cantar a un hombre
mucho más viejo que yo.
Y tanto escuché su canto
que el tiempo se me pasó.

Hoy

Romances de mi terruño.
Mil ecos he de escuchar
mientras la noche se cierne
sobre el monte y sobre el mar.

Siluetas hechas baldosas
con la claridad lunar,
al capricho de las nubes
cambian de forma y lugar.

Por la planicie inclinada
me puse un día a caminar
y me encontré con mi suerte
por mi bien o por mi mal.

Me ofrecieron las palmeras
sus senos verdes de savia,
como cántaros abiertos
para una sed que abrasaba.

Mientras la vieja salina
donde había tierra mojada,
en los umbrales de mayo
con el sol se resecaba.

Fui a pescar a Salsipuedes,
pescando sin red ni caña
una sirena de bronce
que al rojo sol se adoraba.

Un pescador se destaca,
torso de broce cetrino,
sobre el espejo al agua
con recia estirpe de siglos.

Un sindicato de nubes
se declaró en huelga de agua
y todas las sementeras
fueron regadas con lágrimas.

Los hombres buenos fracasan.
Dicen que el campo se seca
por esas bombas que estallan
los malos que quieren guerra
Remédialo San Isidro.

Cien cohetes porque llueva.
No lo escuchó San Isidro.
Se secó la sementera.

Quién pudiera ser profeta
y adivinar la verdad,
para ir sembrando en el cielo
estrellas de temporal.

¿Quién se ha bañado en pascuales?
¿Quién ha subido al Volcán?
¿Quién al Cerro Grande ha ido,
y a las salinas del Real?

Serpientes de los caminos
se quieren civilizar
con sus carpetas de asfalto
y sus puentes de metal.

No me digas que eres santo
si te conocí nogal.
¿Qué secreto es el que guardas
que no me quieres contar?

Colima de los volcanes
bien pudieras encender
con tu calor una hoguera
y apagarla con mi sed.

Eres como las mujeres,
tornadiza y poco fiel
un albur jugué a tus cartas
para ganar o perder.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Daniel Cosío Villegas, historiador, sociólogo, politólogo y empresario cultural, fue uno de los intelectuales más importantes en la cultura mexicana del siglo XX.

Se recuerda su intensa participación en la fundación de dos instituciones: la Casa de España en México, que terminaría siendo El Colegio de México, y el Fondo de Cultura Económica. También coordinó la Historia moderna de México *(la revisión de la historia económica, social, política y diplomática de los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX en nuestro país)*

Es considerado, además, uno de los pioneros del análisis político en México, con textos como El estilo personal de gobernar.

Don Daniel no nació en Colima, pero vivió en ella momentos clave de su infancia y durante años se ostentó con orgullo como colimense.

Además, nos obsequió unas páginas deliciosas sobre su niñez: una limpia descripción del Colima de la época. En ellas dibujó algunos rasgos de la íntima personalidad de los colimenses, que por fortuna persisten a la fecha, como la natural tendencia a la igualdad, más allá del azar de la clase social en que se nace.

*El texto que aquí recuperamos pertenece al primer capítulo —*El primer tramo*— de sus* Memorias *publicadas en 1976 por la editorial Joaquín Mortiz, apenas unos meses después de su fallecimiento.*

Debe advertirse que estas Memorias *fueron publicadas sin que el autor alcanzara a revisarlas con su meticulosidad acostumbrada, así que en ellas aparecen algunas imprecisiones y ciertos comentarios que sin duda habrían sido corregidos. De cualquier forma, para los colimenses constituyen un documento invaluable: son los recuerdos de un hombre excepcional en la historia de México.*

Para quien guste profundizar en la obra de Cosío Villegas, es recomendable —además de sus Memorias*— la lectura de la biografía escrita por el historiador Enrique Krauze:* Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual.

Aclaramos que algunos de los subtítulos que vendrán son de los compiladores.

Mentirijillas

Yo nací en la ciudad de México el 23 de julio de 1898; por consiguiente, debo explicar desde luego las dos únicas mentirijillas que en mi vida conté con cierta constancia.

Aún la gente relativamente cercana a mí ha estado insegura sobre esos dos datos, y con más razón, por supuesto, la gente lejana. Unos han supuesto que mi lugar de nacimiento fue la ciudad de Colima o la de Toluca, porque allí viví, en efecto, parte de mi niñez. Otros, que nací en Michoacán, sin más motivo que haber sido amigo de varios conocidos michoacanos, digamos Ignacio Chávez, Salvador González Herrerón, Samuel Ramos, Eduardo Villaseñor o Manuel Martínez Báez. En cuanto a mi edad, ha habido más concordancia, pues la suposición general ha sido que yo "iba con el siglo", o sea que nací en 1900 o en 1901, según se elija un año u otro como la iniciación de una centuria. ¿Por qué consentí, y en ocasiones alimenté esas dos pequeñas falsedades? En cuanto al lugar de mi nacimiento, porque yo no tuve idea de mí mismo y del ambiente en que me movía hasta los ocho años, cuando siguiendo a mis padres y a mis hermanos la emprendí de la ciudad de México a la de Colima. Ese viaje me despertó una conciencia antes dormida o inexistente. El ferrocarril no llegaba entonces sino a Tequila; de allí a Colima

hicimos el viaje a lomo de mula, cabalgando por atajos cavados en la áspera montaña, tan estrechos y resbaladizos que en algunos tramos no hubieran podido cruzarse dos caravanas que caminaran en sentidos opuestos. Por eso, cuando nos acercábamos a uno de esos puntos críticos, nuestros guías comenzaban a gritar, a soplar el cuerno e incluso disparaban un par de escopetazos para advertir a los viandantes que se dirigían hacia Tequila que se detuvieran hasta no llegar nosotros al lugar en que pudiéramos caber las dos caravanas, sin peligro de rodar hasta el fondo del abismo.

El viaje de iniciación

Aquel peregrinar debió durar apenas una semana o diez días; pero estuvo sujeto a una disciplina rigurosa, muy distinta de la que rigió mi vida de antes, que, en rigor, había carecido aún de una simple rutina. Desde luego, la odisea requería cabalgar en plena luz solar. Esto significaba que desde la tres de la tarde, y ciertamente no después de las cuatro, nuestros guías comenzaban a buscar un sitio donde pernoctar. No abundaban, ni mucho menos, de modo que el lugar se elegía finalmente sin mayores exigencias. En todo caso, hacia las cinco de la tarde desmontábamos para iniciar enseguida los preparativos de la cena, con el resultado de que nos daban las siete en pleno y profundo sueño, impuesto por la fatiga y la zozobra. Entonces, a las cuatro de la madrugada estábamos en pie, para iniciar la siguiente jornada literalmente al despuntar el día.

Este viaje dejó en mí huella profunda, de hecho imborrable. Primero, por el contraste que significaba con mi vida anterior. Después, porque me puso

bruscamente, sin preparativo previo, en un contacto íntimo, a través de todos mis sentidos, con la naturaleza, palabra ésta que hasta entonces carecía de todo sentido para mí. Y no era aquella una naturaleza cualquiera, sino de una majestuosidad y de una variedad asombrosa. Entonces aprendí que la montaña era una de las obras naturales grandiosas, y como pronto conocería la otra, el mar, se me abría un mundo que antes jamás había sospechado.

El viaje aquel me dejó, además, una simiente que pronto fructificaría en Colima. A la edad de ocho años que yo tenía entonces, y siendo ésa, por añadidura, la primera vez que montaba, no era posible que yo mismo condujera mi cabalgadura. Lejos de eso, iba yo confiado a un experto muletero. Pero en los recorridos menos peligrosos no dejaba yo de tomar las riendas, dándome este simple hecho la sensación de tener una responsabilidad y de ser capaz de salir de ella con bien. Añádase que participaba plenamente en las pequeñas faenas de cortar leña con que se haría el fuego para calentar los alimentos, o en acarrear y limpiar los trastos donde los tomábamos. Y ni qué decir que por primera vez en mi vida tendía yo mi cama y la recogía al día siguiente, un ejercicio así de simple, pero que nunca antes había hecho. Y comencé a cuidar de mi mula: a desensillarla, a darle de comer, a limpiarla y a consentirla. Estos modestos avances hacia la formación de una personalidad propia hallaron un estímulo en la filosofía de nuestro padre, encaminada toda ella a ese fin, al que daba un valor supremo.

La vida en Colima

La casa a la que fuimos a vivir a Colima me pareció hermosísima a pesar de su modestia arquitectónica y de un confort que hoy se juzgaría mínimo y tal vez intolerable. De un solo piso y techada con teja roja, su largo frente daba a la calle Zaragoza, diestramente empedrada. Un alto y un ancho zaguán partía ese frente en dos mitades iguales, y desembocaba en un patio cuadrado en cuyo centro había una fuente rudimentaria pero no exenta de gracia. A la derecha y a la izquierda de esa desembocadura partían dos corredores cubiertos y, perpendicularmente a ellos otros dos. A la izquierda del zaguán, y dando al frente, mi padre instaló la Oficina Federal del Timbre, cuyo jefe era. Del lado derecho se hallaba la estancia de la casa, después el comedor y más tarde cuatro recámaras que ocupaban por parejas mis padres, los dos hermanos mayores y al final los menores. La casa tenía al fondo un segundo patio más espacioso todavía que el primero, destinado al servicio, la despensa familiar y, sobre todo, la caballeriza, con sus aditamentos indispensables: el abrevadero, almacén de granos y alfalfa y cuartos para guardar las monturas.

El ser colimense

Esto de los caballos iba a resultar el mayor atractivo de nuestra vida nueva. Primero, porque aún siendo bien pequeña la ciudad, estaba mal comunicada por una sola línea de tranvías "de mulitas". La bicicleta se usaba poco, en buena medida porque si bien los colimotes eran famosos como empedradores de calles, no resultaba agradable recorrerlas en ese vehículo.

Más importante, el estado todo tenía una tradición charra de mayor legitimidad que la de Jalisco, como que varios charros famosos, a quienes los jaliscienses hacían pasar como suyos, digamos los Lepe, eran en realidad oriundos de Colima. Todavía más: la estampa del caballo, la montura así como la vestimenta, aun las espuelas y los botines, eran el único signo externo de la condición social. En efecto, resultaba imposible distinguir socialmente entre los niños de las escuelas; primero, porque no las había privadas, sino que todas eran oficiales. Después, porque el clima caluroso imponía una vestimenta sencilla y uniforme: calzón, camisa de manta blanca, zapatos de lona o huaraches de cuero. Este detalle del hábito sencillo y único y el de ser Colima una comunidad poco diferencial, creaba un ambiente igualitario y democrático que no contrariaba el paseo dominical a caballo por la plaza y en el cual no sólo se distinguían, sino que se admiraban, las diferencias de caballos y jinetes. Pero aun aquí, el clima y el temperamento de los habitantes marcaban ciertos límites: salvo los Lepe y unos cuantos otros charros consagrados, en realidad "profesionales", pues no tenían otro oficio que el de montar y lucirse, todos los demás no usábamos el sombrero de fieltro, único que consiente los aparatosos bordados de plata y aún de oro; los usábamos de paja, sin más aditamento que una cinta de cuero.

(...)

Esas circunstancias, más el clima, el tono igualitario de la sociedad y el caballo, apresuraron la formación de mi carácter, de modo que puedo decir que a los diez años sus rasgos sobresalientes eran ya discernibles. A

esto debe agregarse a la presencia en la ciudad de un río, el Armería, espectáculo con el que no contábamos en la ciudad de México. De allí otras experiencias fuera del alcance de los capitalinos. Desde luego pescar, y con flecha y arco, que improvisábamos con varillas de paraguas viejos, y después, nadar sorteando los peñascos que al cortar la corriente le daban una variedad de movimientos y de colores que no se cansaba uno de mirar. Y después el mar, en Cuyutlán, con su infranqueable barrera de la "Ola Verde", y Manzanillo, puerto entonces modestísimo pero con un mar limpio y puro.

(...)

No he mencionado hasta ahora una circunstancia que también ayudó a modelar tempranamente mi carácter. El rasgo igualitario de la sociedad colimota no sólo se reflejaba en la indefinición de grupos o clases sociales, sino de sexos. Mientras en la capital, y después en Toluca, según lo comprobaría al poco tiempo, no se mezclaban para nada. En Colima convivían del modo más natural, en las calles, la escuela, los paseos, las fiestas y los deportes. Yo después de todo era hijo de un modesto empleado federal, cuyo sueldo nada significaba al lado de las grandes fortunas de los salineros, de los ganaderos, de los tendederos españoles y de los ferreteros alemanes. Y, sin embargo, mi padre jugaba familiarmente frontón con don Enrique O. de la Madrid, que, a su título de gobernador del estado, agregaba el de su riqueza salinera.

El experto en efectos especiales

(...) yo trabajaba los sábados y los domingos en el cinematógrafo de Colima para hacerme de veinte centavos adicionales al "domingo" paternal. No sólo sabían las chicas Feiss de ese trabajo, sino que se reían mucho de las deficiencias involuntarias con que lo desempeñaba. En efecto, yo me instalaba tras la manta que servía de pantalla para hacer los ruidos o "efectos especiales", como se llaman ahora. El chapoteo de un vado que cruzaba un jinete solitario me salía bastante bien golpeando con dos troncos el agua puesta en una gran bandeja; pero la veracidad del ruido disminuía si lo cruzaba todo un escuadrón de dragones, pues entonces el único recurso era golpear el agua frenéticamente. La falla mayor, e irremediable, era el disparo de armas de fuego: como yo no disponía sino de una sola pistola de fulminantes, la detonación era por fuerza débil, pero la cosa llegaba al extremo del ridículo cuando en la pantalla se veía todo un tiroteo, pues entonces se advertía fácilmente la divergencia entre un fuego visual nutrido, y las detonaciones aisladas que producía mi pobre pistola, a la que debía yo quitarle el fulminante gastado y poner el nuevo que iba a detonarse. En realidad, lo que me salvaba en muchas ocasiones era la naturaleza o el "argumento" de las películas que se exhibían. Por ejemplo, en la llamada "La purga de papá", la más elemental discreción imponía el silencio, y en "Aladino y su lámpara maravillosa", lo importante era la luz de la lámpara indagadora y no el chancleteo de Aladino.

En la escuela fui objeto de alguna admiración por aquel trabajo del cine, pues como estaba estrictamente

prohibido trasponer la pantalla, mis ruidos no dejaron de producirles a mis compañeros cierta sensación de encantamiento. Sin embargo, casi siempre allí quedaba la cosa, ya que entre mis caros recuerdos escolares está todavía la salud física, mental y moral de aquellos chiquillos.

El virtuoso aislamiento

Y es que toda la sociedad de Colima era de una inocencia que parecería increíble, y que por ello resultó insostenible con la Revolución. Aislada del resto de la República por la falta de ferrocarril, y aun después de hecha la conexión con Tequila, el viaje era largo y penoso, sin contar con que la "plaza" de Colima, a diferencia de la de Guadalajara, ofrecía poco atractivo comercial. En rigor, su nexo único con el mundo exterior era un barco norteamericano que tocaba Manzanillo bimestralmente. A consecuencia de ese aislamiento físico, la sociedad colimense se había construido toda ella para bastarse a sí misma, es decir, para vivir lo mejor posible en la soledad.

(...)

El aislamiento de la ciudad de Colima se rompió un poco al construirse primero un ferrocarril de Manzanillo a Armería, y después hasta la capital del estado. Esto no significaba en realidad sino una comunicación más expedita con el mar, pues de allí en adelante todo dependía de las empresas navieras extranjeras que a regañadientes y mediante subsidios oficiales se detenían una vez cada dos meses para depositar en el puerto algunas modestas importaciones. No mucho tiempo

después, sin embargo, se completó el largo trecho ferroviario de Guadalajara a Colima, y, por lo tanto en anexo con la ciudad de México, la inverosímil metrópoli del país entero. Los creyentes en la virtud transformadora de los ferrocarriles saludaron el hecho con desbordado entusiasmo, y como el presidente Díaz vio en él algo así como la coronación de su descomunal obra ferroviaria, resolvió darle con su presencia todo el esplendor que exigía aquella clarinada. Sobra decir que las autoridades del estado hicieron febriles preparativos para recibir dignamente a esa figura casi mítica del Presidente. Orden terminante para encalar las fachadas de todas las casas de la población; repaso al empedrado de las calles principales; pintura nueva y brillante para el kiosko y bancos de la plaza principal; desinfección y limpieza a fondo del tren de mulitas por si a don Porfirio le daba la humorada de treparse en él para subrayar la enorme diferencia entre la tracción animal y la de vapor; uniformes de gala a la veintena de gendarmes que hasta entonces no habían tenido otro quehacer que acarrear muy de vez en cuando algún borrachito por cantar a horas inconvenientes. Y por supuesto que don Enrique O. de la Madrid debió gastar un buen pico en ajuarear su residencia personal, ya que en Colima existía un único hotel donde hubiera resultado vergonzoso alojar a tan distinguida comitiva.

Para ver al presidente

Los niños de las escuelas sentimos un gran orgullo al ver el papel destacado que el destino nos deparaba en esa brillante recepción. Los charros, convocados de todos los rincones del estado, daban la nota de mayor brillo, pero nosotros la más fresca, y aun gallarda, pues

justamente esa competencia nos hizo marchar más marcialmente y descansar en firme con un aplomo profesional. Es verdad que éramos pocos para cubrir toda la valla que se tendió desde la estación del ferrocarril, lugar de llegada de nuestro huésped, hasta el palacio de gobierno, donde recibiría la ovación cerrada del pueblo. Pero eso justamente nos favoreció, pues la valla se completó con los burócratas oficiales y privados, demasiado desgarbados, y con los cuerpos encorvados de los artesanos, tejedores de sombreros de palma y talabarteros, sobre todo.

Nunca se nos ocurrió averiguar quién había sido el verdadero pecador, si las autoridades locales, que nos citaron con una anticipación injustificada, o el buenazo de don Porfirio Díaz, que no supo calcular la hora exacta de su llegada. O quizás el hecho de que siendo ese el primer viaje formal del ferrocarril, el tren explorador exageró la precaución caminando a una velocidad bastante menor de la debida. Lo cierto es que estuvimos inmóviles y expuestos al rayo del sol desde la ocho de la mañana, hora de la cita, hasta las doce, en que el Presidente desfiló ante nuestros ojos bien arrellanado en una carretela nuevecita y de un lujo jamás visto en Colima, y no digamos aquel tronco de caballos de gran alzada. Nuestras instrucciones eran agitar briosamente las banderitas tricolores de papel de china y gritar entusiastamente ¡viva el señor General! ¡Viva el señor Presidente! ¡El pueblo de Colima agradecido a su gran Mandatario! Cuando al fin pasó frente a nosotros, teníamos la garganta ultraseca, chorreábamos literalmente de sudor y las banderitas aquellas estaban ajadas y aun rotas.

La verdad es que ése fue el único mal recuerdo que tuve de Colima, y por eso, ya en la ciudad de México, le conté la escena a más de un amigo. Cuando cuarenta y siete años después apareció mi libro "Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria", en que lo censuraba por haberse levantado en armas contra el gobierno legítimo de Juárez, no faltó algún crítico que asegurara que, por lo visto, aquella escena de las banderitas no se me había olvidado todavía.

Como Adán, después del Paraíso

El vivir en Colima los tres años más felices de mi vida, y el haberse formado allí mi carácter de hombre independiente y responsable, me hicieron sentir una nostalgia auténtica cuando tuvimos que abandonarla para ir a Toluca, a cuya Oficina del Timbre trasladaron a mi padre. La atmósfera radicalmente distinta de Toluca, y menos deseable en todo, me condujeron a hacerme pasar como oriundo de Colima, para indicar que yo procedía de un medio superior.

GREGORIO TORRES QUINTERO

Nació en Colima el 25 de mayo de 1866. Maestro de prestigio nacional, escritor y político. Fue creador del famoso método onomatopéyico para la enseñanza de la lectura y escritura, y protagonista de brillantes debates sobre el futuro pedagógico del país.

Entre sus libros se encuentran las Leyendas aztecas *y los bellísimos* Cuentos colimotes, *donde se combina la descripción geográfica y urbana, con la narrativa, el rescate legendario y la poesía.*

Ningún colimense —que se precie de serlo— puede andar por la vida sin conocer algunas de las brillantes páginas de este gran autor.

Aquí seleccionamos algunos fragmentos dispersos de los Cuentos colimotes. Descripciones, cuentos y sucedidos. *Publicados originalmente en 1931 (Herrero Hermanos Sucesores, México) y reeditados por el Gobierno del Estado en 1998 y por la Universidad de Colima en 2006. También incorporamos el bello soneto* Al Volcán de Colima.

Como sucede a lo largo de esta modesta compilación de fragmentos, anotamos algunos subtítulos a manera de guías de lectura.

Los caimanes del paraíso

Así corre el Armería cuando, después de haber cruzado el estado de Colima, se acerca a su desembocadura en el Océano Pacífico. Sus aguas son cristalinas y se deslizan suavemente en un lecho de arena menuda; atesoran variedad de peces, que el hombre y las aves se encargan de perseguir y atrapar, y no sólo ellos, por desgracia, sino esos horribles y enormes reptiles, esos parduscos saurios, de piel acerada, de dorso espinoso, cubierto de placas romboidales, de cola poderosa, de largo hocico, rugoso, con mandíbulas que parecen aspas, armadas de marfilinos dientes, capaces de machacar el hierro, de ojillos pequeños, verdosos y fascinadores; esos lagartos, en fin, llamados caimanes y cuyas cuevas están entre las raíces de los mangles, de las higueras o de los carrizales. De día, la sierra de su dorso, sus ojos y narices prominentes que surgen del agua, denuncian su presencia; de noche, su fuerte almizcle, que la brisa difunde por las márgenes del río, advierte el peligro a la niña o al mozalbete que van a llenar sus cántaros a la orilla.

(Fragmento de "Un drama salvaje")

Barrancas

Entre los estados de Jalisco y Colima, y sirviendo de lindero, existe una barranca, bastante profunda, que se llama la barranca del Muerto. Es compañera, mejor dicho, es hermana de las famosas barrancas de Beltrán y de Atenquique, de gran renombre por su profundidad, pues todas tres, lo mismo que otras más, se han formado en las faldas del Volcán de Colima a consecuencia de las corrientes que desde tiempos geológicos han descendido de la titánica montaña.

En mis años mozos tuve que pasarla varias veces a caballo, bajando y subiendo por sus callejuelas en zig-zag. Hoy pasa el ferrocarril a buena distancia, así como pasa lejos de las demás barrancas, buscando los menores obstáculos; y aun cuando la locomotora sigue por un camino notablemente pintoresco, el viajero moderno ya no goza de las sublimes bellezas de las hondas cañadas, en donde los jilgueros elevan perennemente su divina música alegrando los boscosos declives.

(Fragmento de "La barranca del Muerto")

La tumba del sol

El sol, como un inmenso globo de fuego, ha tocado ya con su borde la superficie del mar. Aquella roja esfera no parece distante, y aún creeríase que podríamos ir en un barquichuelo movido a remo, a contemplar su solemne descenso en el seno de las salobres aguas. De súbito sumérgese un segmento, y vése luego que el mar comienza a beberse poco a poco el áureo disco.

El sol desaparece. Sin embargo, su luz refulge en las nubes, y alumbrará todavía por algún tiempo el espejo ondulante del mar, la playa sin límites y los médanos azules.

Es la tumba del sol semejante a la tumba de los inmortales; después del sepelio brilla sobre ella luminosa aureola.

(Fragmento de "El guapo")

El primer trazo

Tan fuerte impresión produce la presencia de los volcanes en los hijos de Colima, que el primer dibujo que ejecutan, tan pronto como sus dedos pueden manejar un palito, un lápiz o un pizarrín, es la figura montañosa de las dos eminencias, con sus caprichosas erupciones, con sus cimas dominantes, siempre a la vista, siempre imponiéndose a las miradas de todos, siempre altaneros y atractivos, y siempre visibles a través del aire transparente y puro de las hermosas mañanas de aquel rincón tropical.

Los niños suizos dibujan la manzana de Guillermo Tell, atravesada por la flecha legendaria; los niños colimotes dibujan una maravilla de la naturaleza, presente siempre ante su asombrada vista.

(Fragmento de "Los volcanes de Colima")

Al volcán de Colima

¡Salve, oh titán! ¡Gemelo de granito,
que al rumor del Pacífico, arrullado,
tienes por lecho, espléndido collado,
por cortinaje azul, el infinito!

Cuando retumbas con sonoro grito,
conmueves la ciudad, el valle, el prado,
y montes de vapor ensortijado,
levantas con estrépito inaudito.

A tus pies, la asombrada muchedumbre
te contempla confusa y no se atreve
a robar una chispa de tu lumbre.

Sólo el invierno se te acerca aleve...
Mas viene Primavera a tu alta cumbre
¡y un beso inflama tu crespón de nieve!

ISMAEL AGUAYO FIGUEROA

Maestro, abogado, cronista, poeta y funcionario público, Ismael Aguayo Figueroa es una presencia indispensable en toda antología literaria colimense.

Se recuerdan, en especial, sus sonetos dedicados a Colima y a ciertos personajes inolvidables, recuperados en Retrato nostálgico de una ciudad, *y su sabroso* Anecdotario político colimense, *donde recupera para la historia las circunstancias de una escuela política provinciana y divertida.*

Ambos libros han sido reeditados, recientemente, por la Universidad de Colima.

Envío

Aquí presides tú:
es tu Feria, colgada de retablos,
prendida con amor en la retina
de las cuatro paredes de tu infancia
colorida metrópoli de acentos
que recita con sones y fanfarrias
el cobrizo metal de sus sonidos
bailando en pentagramas en el viento.

Es ofrenda de pluma, y pastorela
que arrulla con cadencia de sonajas
los rojos amuletos de la muerte;
es el alma en derroche de tu pueblo
que solloza tocando la guitarra
y grita parodiando su contento;
es tu Feria de Patria que se angustia
en el rincón occidental del mapa
en isócrono pulso de cordajes
y albures y pregones de baraja.

Eres su Reina tú;
es de ti su pasado y su presente,
su autóctono vestido provinciano,
el estrábico guiño de sus luces,
su celeste hecatombe de luceros
y su luna en menguante de noviembre

¡Revístela de galas, soberana!
¡Enciérrala en tu cántaro de esencias!
¡Recoge con unción sus esperanzas!
¡Infúndele la gracia de tu verbo!
¡Y extiende con ternura, en su regazo,
el mantón de Manila de tus sueños!

Noviembre de 1965

Huerta de Álvarez

Huerta tradicional y colimota
por tus cuatro costados vegetales,
horóscopo de puntos cardinales
en el umbral de remembranza rota.

Enamorados en tarea devota
injertando tus troncos de iniciales,
zócalo de vivencias ancestrales
ribeteado por ramas de parota.

En uno de tus límpidos ojitos
se recorta el perfil, en tono indiano
del típico aguador con sus burritos,

rito de persignarse con la mano,
y en el lento repartir de cantaritos
inicial callejar samaritano.

Puente viejo

Puente viejo, retrospectivo viaje
a tu origen; suaves emanaciones
de canteras pulidas con canciones
en la espina dorsal de tu linaje.

Viejo puente, histórico andamiaje
curtido en el sudor de viejos peones,
lentas aguas, residuos de aluviones
te entregan el rumor de su lenguaje.

Por tu hueco espectral, anacronismos
de brujas y de gnomos enlutados
se retuercen en negros paroxismos,

y en la pétrea frontera de tus vados
remojan sus furtivos escapismos
parvadas de muchachos encuerados.

GREGORIO MACEDO LÓPEZ

Profesor, funcionario público y periodista. Fue maestro de literatura en la Universidad de Colima y director del periódico Ecos de la Costa*, además de miembro activo de la Asociación Colimense de Periodistas y Escritores y de la Sociedad de Geografía y Estadística de Colima.*

Vivió hasta edad avanzada, pero aún así fue muy triste para Colima su partida, por su naturaleza bondadosa y el grato recuerdo de sus años magisteriales, donde enseñó a los colimenses las letras universales e incluso a decir con grato acento su nombre.

En sus últimos años era habitual encontrarlo en el Archivo Histórico del Estado, o paseando por los portales del centro de la ciudad, y disfrutando de un rato de amena conversación.

Un disparo en la Huerta de Álvarez

Era después del mediodía de un sábado abrileño de 1926.

Dos muchachos, entre los nueve y los diez años salían de la escuela federal "Carlos A. Carrillo", dirigida con singular acierto por el maestro Alberto Larios y ubicada en lo que es en la actualidad la cárcel preventiva.

Con paso lento, desgarbado, cruzaron la calle República —hoy Venustiano Carranza— para luego bajar la pendiente de Maclovio Herrera.

Los niños llevaban en cada mano una cubeta y una regadera; iban a la huerta de Álvarez a regar la hortaliza que los alumnos del 5º y 6º años habían formado con el asesoramiento de los profesores Alejandro Flores Garibay y Víctor Aguilera, previo permiso concedido por doña Rafaelita, viuda del ex gobernador de Colima, profesor don Felipe Valle.

Y tenían que cumplir su cometido, pues de lo contrario, ya podían esperar las consecuencias el lunes próximo, pues el señor director del plantel no se andaba por las ramas para ejercer su autoridad.

La escuela "Carrillo" era entonces modelo de centros docentes en el estado; era como un gran taller en el que se educaba a la niñez: haciendo, trabajando, y el profesor Larios fue el adalid de la "Escuela por la Acción".

Con esfuerzo y entusiasmo, dignos de recordación logró que en ese centro educativo funcionaran talleres de carpintería, de curtiduría de pieles, de calados en madera; se ejecutaban trabajos en cuerno, se fabricaba jabón, dulces, había gallinero y otros anexos, sin faltar una estupenda biblioteca y un museo. A eso hay que agregar las actividades de horticultura en la huerta de Álvarez.

Aquel par de mozalbetes iba descalzo. Traían pantalones "bombachos" y sobre las cabezas unas cachuchas de dril hechas a la medida por don Carlos Naranjo, sastre muy acreditado en aquellos tiempos.

Don Carlos también se dedicaba a la música y era trompetista, como su nieto "El Colorado". Del cuello de los muchachos pendían sendas resorteras.

Llegaron a la ribera del río de Colima cuyo caudal entonces, en pleno estiaje, era muy abundante. Para cruzarlo se habían tendido dos troncos de palmeras, pero los niños de nuestra narración, optaron por refrescar sus pies al hacer la travesía. Se detuvieron a medio río para contemplar en las alturas un papalote que semejaba un espermatozoide incrustado en el vientre azul del firmamento.

El más alto de ellos, de rostro atezado y vivaracho, de piernas arqueadas, propuso: vamos al Baño de los

Caballos. Y luego de unos cuantos pasos, llegaban al lugar indicado. El de rostro atezado, que para entablar palique con quien fuera se pintaba solo, preguntó al hombre que cepillaba a un ejemplar retinto:

—¿De quién es el cuaco?

—De Capacha, por si te importa, muchacho entrometido- contestó malhumorado el bañador.

Como si nada hubiera pasado, instantes después los dos compañeros nadaban entre los caballos impulsados por el bochorno de aquella tarde estival.

Se visten y continúan su camino por el callejón bordeado de huertas y cubierto de plantas herbáceas y, con sus resorteras, lanzan proyectiles sobre los mangos en sazón y sobre las lagartijas que trepan verticalmente por los viejos y polvosos muros de adobe.

El más alto de los niños no dejaba de masticar chicle de Talpa y decía a su compañero: ¿sabes, chaparro, que mi papá hizo una bandera nacional para Manzanillo en ciento cincuenta pesos?

Lo que yo sé, contestó el otro, es que dicen que va a haber revolución porque corrieron a los sacerdotes y el gobierno de Calles está contra la religión...

El portón de la huerta de Álvarez dio entrada a aquellos hombrecitos hartos de mangos y deseosos de cumplir su trabajo.

Saludaron a la güera Chuy Villalobos, eficaz ayudante de doña Rafaelita y con sus instrumentos —cubetas y

regaderas— apenas atravesaban la terraza de la huerta, en la que se hacían festejos, comidas y bailes, sus ojos tropezaron con un espectáculo extraño: hombres armados y ebrios, en compañía de mujerzuelas celebraban una bacanal entre los baños de la huerta y el campo de basquetbol, que también por iniciativa del maestro Larios, se había acondicionado.

Eran hombres de armas tomar que pertenecían a los grupos de choque del partido en el poder, "El Independiente", que durante doce años dominó en la política colimense.

Había entre ellos uno que otro catrín, de los "intelectuales" del partido. Las hetairas eran unas pobres mujeres en su mayoría feas, mujeres vestidas de colores chillantes en sus telas de organdí corriente de "espejo" y una que otra de raso, también muy corriente. Sus rostros pintarrajeados y el pelo corto a "la Bob", como se usaba.

Tres de ellas estaban en brazos de los hombres que las habían reclutado de "La Suerte" o del "Gato Prieto", dos lupanares ubicados al sur de la ciudad.

Dispersas en un ángulo del campo de basquetbol había botellas con ponche de granada y de cerveza, la cual se vendía en alargadas cajas de madera.

Los dos niños se quedaron atónitos ante aquel espectáculo. Escuchaban las carcajadas de los borrachos libidinosos y con ojos ávidos veían la impudicia de las mujeres semidesnudas que salían de los baños perseguidas por otros hombres semidesnudos también. Para mejor ver lo que ocurría, aquel par de azorados,

pero curiosos chiquillos, se colocaron detrás del grueso tronco de un mango. Luego vieron que una de las mujeres —quizá la más guapa— caminó sola y entró al baño número uno.

El más alto de los niños dijo a su acompañante: sígueme.

Caminaron unos cincuenta pasos, luego hicieron un breve rodeo y se colocaron en el muro posterior del baño donde el morbo de los asiduos visitantes a la huerta, habían hecho dos pequeños orificios para poder mirar a sus anchas a las bañistas.

"El Chavelo", por su apellido Chávez, que así nombraban sus compañeros al niño más alto de este verídico relato, se apoderó del agujero de mayor diámetro y en él clavó uno de sus ojos. Luego, trémulo y frotándose las manos, pero sin dejar de atisbar, hizo señas a su amigo exclamando: ¡Ven tarugo, para que veas lo que es bueno!

Ante tan imperioso y prometedor llamado, el otro, el chaparro, se acerca, pero ni poniendo los pies de puntitas alcanza a ver la maja desnuda. Entonces su compañero lo aupa, lo levanta, lo sostiene y sólo así pudo de esta manera contemplar aquel cuerpo juvenil en total, en completa desnudez.

Apenas comenzaba el éxtasis contemplativo, cuando súbitamente y a escasos diez metros, sonó un disparo y casi al mismo tiempo saltaban del muro fragmentos de ladrillo ante el impacto de la bala.

Como cervatillos espantados por la pantera que los persigue en la selva, así corrieron hacia el interior de la

huerta los dos chamacos, no sin antes reconocer a quien, muerto de risa -seguramente para darles una lección inolvidable- hizo el disparo.

Las cubetas y las regaderas sabrá Dios en dónde quedarían, la hortaliza no fue regada y el lunes trágico llegó.

Don Alberto supo toda la historia, y además del castigo ejemplarísimo, don Leonilo y don Guillermo, padres de los chicos, tuvieron que pagar las regaderas y dar de azotes a sus retoños.

GRISELDA ÁLVAREZ

Licenciada en Letras Españolas, maestra y poeta, oficio que ha desempeñado magistralmente a la par de su otra pasión: la política. Fue Senadora y Gobernadora de Colima (la primera en el país) ha publicado entre otros: Cementerio de pájaros, Desierta compañía, Estación sin nombre *y* La sombra niña.

En el prólogo de Anatomía superficial, *el maestro Andrés Henestrosa describe en una frase la calidad poética de Griselda Álvarez:* Griselda lo dice todo, sin que nada disuene.

Aquí se presenta el poema Un canto a ti, maíz *tomado del libro* Dos cantos: al maíz *y* a la provincia *y algunos fragmentos de* Letanía erótica para la paz *que originalmente fue publicada en una excelente edición ilustrada por Elvira Gazcón bajo el sello editorial de la* Revista de Poesía Universal *en 1963. Actualmente esta edición es una rareza que atesoran los especialistas.*

Es digna de mención la colección de sonetos dedicada a los artículos constitucionales, que constituye un ejercicio insólito, pues resulta una tarea compleja el traducir a la precisa métrica del soneto los textos de árida redacción jurídica. Incluimos también una muestra.

Un canto a ti, maíz

Mi hueca voz de tallo
que de tierra
hace su verde sangre en clorofila,
mi voz,
asesorada por los vientos,
limitada de frondas,
escondida en la gota de rocío
que cabalga en el dorso de las hojas,
mi voz mestiza, hija de tierra y luna,
mi voz humilde,
por morena y tosca,
alza del polvo en su corola incierta,
un canto a ti, Maíz, Señor de mi parcela.

Antes que el español nos impulsara
—con su pie de conquista—
a esculpir en la roca de los siglos
nuestros héroes indígenas,
tú Señor, eras cuerpo en nuestra historia.
Desde entonces,
te vuelves horizonte en las pupilas.
Desde entonces,
eres carne en la carne de los vivos.
Desde entonces,
apuntas con las flechas de tu espiga
hacia el voluble cielo que te niega

el corazón contrito de la lluvia.
Desde entonces contemplas
el paisaje redondo de los frutos,
el fraticida azoro de las guerras
y el ambular tenaz del hambre antigua.

Tú sigues patrullando nuestra historia.
Tu asistencia es puntual en los motines.
Tienes memoria de vivac; te vistes
de aurora ensangrentada
y en la mano convicta de fusil,
vuelto necesidad, eres tortilla.

Cuando adviene la paz,
el campesino que te siembra sueña
en tu posible flor,
porque tú eres presencia de la choza
y en tu maizal airoso está la fuerza
que llama al porvenir para que llegue.
Te sentimos crecer.

Asido al equilibrio de la aurora,
con la niebla apretada de suspiros,
modesto de color,
perfil esbelto,
cuelgas tu verde tímido en el alba
porque se moje entero de rocío.
El aire vuelca su canción en trinos
y en tus milpas anida la alborada.

Sólo tu verde tierno
saluda a la mañana.

Verde intenso de tarde.
A orillas del amor platica el día.
Los pájaros descruzan su camino
y viajan al país de la esperanza,
buscándose en la cita
de tus discretos tallos al cobijo.
Y verde nocturnal.
Cuando el viento abanica tu silencio
y agoniza el coloquio de las aves,
en verdinegro te despide el día.
Sonámbulas se mueven tus espigas,
suben hondos secretos por tu caña
y en la guerra perenne de las cosas,
los rayos de la luna te acribillan.

Un día y otro día,
verde cambiante en pulsaciones de hora.
Y creces bajo el agua.
Los párpados insomnes de las nubes
dejan caer sus lágrimas tranquilas,
el rayo es dardo
con que juegan los cielos punterías.
Escondidas en la mazorca tierna
donde tu sed se cruza con el río,
húmedas de vapor,
multitudes de dientes nos sonríen.

Y creces bajo el sol.
Caminas por las venas de los surcos,
vienes con la distancia sin aroma
fuerte de resplandor y así adormeces
con torrentes de luz tu carne virgen.

Y absurdamente creces en laderas.
Geómetra de lugares imposibles,
te yergues oprimido de zarzales
en la entrega del fruto.
Y te vistes después con amarillos.
El aire engavillado
La estela rumorosa del rastrojo,
maduro el grano
en la canción sencilla de la troje.
Y sigues siendo nuestro como nunca
en tus multiplicadas apariencias.
Los ojos del arado siguen trazando rectas,
el pecho de los hombres
es tu atávico nido
y sigue nuestro cielo dándote su conciencia.

Porque eres tú, Maíz, el río sin tregua,
la sangre de las manos,
el sudor de los campos;
eres la carne vegetal del pobre,
el germen misterioso de la idea
y la esperanza entera
de este pueblo poeta que te labra.

De la "Letanía erótica para la paz"

Amado, ven, asómate al principio del mundo,
somos los mismos, mismos de hace cincuenta mil años.
Somos aquéllos, éstos, los de allá, los de siempre
y los que han de seguirnos y los que vendrán luego.

Eras solo. Eras entonces solo.
En el pecho llevabas un hueco.
Las auroras eran amargas
como niños ciegos que quieren saber de qué color es el viento.
Eras entonces solo.
A veces la arena te subía hasta los ojos.
En cambio el agua te daba en los pies imágenes truncas.
Corrías por las orillas de todos los horizontes
y sobre el filo de las tardes
le gritabas al abismo.
Él recogía tu voz, la adornaba con matices raros
y la maduraba en ecos para que no te sintieras solo.
El abismo era tu amigo.

Pero eras entonces solo.

Otras veces llevabas tu soledad hasta el crepúsculo
y aquel incendio mudo se iba para adentro.
Después te barnizaba un malestar luminoso.

La noche era tu enemiga.
Inacabable, sabía estirarse en dimensiones inauditas,
adelgazarse
hasta ser como un hilo cortante, molesto,
con rumores de sordos quejidos.
A veces te golpeaba en monorritmos
con un nombre que no conocías, como si fuera hecho
de lluvia.

Es que la noche vivía sola.

De la "Glosa de la Constitución en Sonetos"

Artículo Tercero

Dotar de educación al ser humano,
tema es del Artículo Tercero,
pero esa educación será primero
laica y obligatoria. De la mano

irá también gratuita. El mexicano
tiene "la mesa puesta", verdadero
y oportuno lugar donde es lindero
sólo su esfuerzo firme y cotidiano.

Este Artículo pone nuestra base,
es primer escalón de la cultura
pues con el alfabeto la luz nace

y es el laicismo gran puente de altura
donde se ve de arriba lo que se hace.
La conciencia de Patria se asegura.

AGUSTÍN SANTA CRUZ

Abogado, orador, cuentista y poeta. Descendiente de una rica y prominente familia en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Desde niño, Agustín Santa Cruz Martínez gozó de comodidades y abundancias. No fue un creador prolífico, pero sus poesías indican un talento poco común y cierta audacia estilística que contrasta con las tendencias de moda.

Agustín Santa Cruz fue un apasionado de la vida y de aquellas cosas alimentadas por el riesgo, la valentía y la imaginación. Excelente conversador. Su bulliciosa y amena charla concentraba la atención de sus amigos. El poeta poseía una gran capacidad para improvisar discursos en un lenguaje pulcro y académico, y para citar (de memoria) párrafos completos de grandes obras literarias. Asimismo, dado su carácter explosivo, a la menor provocación respondía con violencia.

A continuación damos a conocer su poema Mi barrio, *publicado el 20 de noviembre de 1933 en el periódico* Ecos de la Costa, *cuando el poeta contaba apenas con veinticinco años de edad. Como si presintiera su trágica muerte ocurrida cinco años después, el escrito contenía un epígrafe tomado de Dante:* A la mitad de la carrera de la vida*; además, de un texto a manera de explicación que en una de sus partes decía:* Hoy, que he vuelto a mi barrio en condiciones bien diferentes, lo menos que me puedo ofrecer a mí mismo, es la satisfacción de olvidar que me he excedido en velocidad, en la carrera de la vida.

Mi barrio

Es mi barrio tranquilo y bullanguero, cuestión de tiempo.
Primero
lo alegra con su grito estridente el aguafresquero
y despierta temprano con el lamento triste del tubero.

Mientras en la esquina "Al Cometa" pica carne el carnicero
y discuten la bola de comadres con el lechero,
Cuca, tendajonera de la acera de enfrente,
despacha "tatemado" a cualquier cliente.

Bonito mi "Barrio Alto" con su calle de banquetas
embaldosadas con lajas cuadradas y lleno de coquetas
muchachas; adornado con los verdes penachos de las
palmas inquietas
y lleno de ventanas, pupilas azoradas, que escudriñan
la vida callejera.

Mirando, desde lejos, aburridas, cómo el reloj municipal,
va soltando una a una las horas, palomas mensajeras
del bien y del mal.

Barrio tranquilo y quieto, poema de la vida ciudadana
a donde nunca llega soplo de inquieta maldad humana,
que se arrulla de tarde y de mañana
con la zumbona, triste campana
del "Hospicio", iglesia de tarjeta provinciana.

Es natural, en barrio como el mío,
el orgullo de castas y de tierra;
es por eso que el "Barrio Alto" se aferra
en hacerle implacable la guerra
al "Barrio Bajo", más allá del río;
cuando chicos, formábamos camada
todos los de la escuela Medellín,
peleamos a sangre y mano armada,
con una que otra trágica pedrada,
a ver quién se quedaba como dueño, al fin,
de la perseguida y deseada
categoría de paladín.

En las noches jugábamos "al toro", fungiendo como
reinas de la fiesta
las más guapas, y en el abigarrado coro de chamacas, la
testa coronada
de "el rey que ha de pasar" era supremo galardón y
orgullo,
palpitando de gozo Josefina, porque el "rey" era suyo.

Al "ven hazme" y a "ladrones"
formando abigarrados escuadrones
la turba picaresca.

A las once empezaba a soplar la "fresca"
y la tertulia de los equipales callejeros y cómodos,
se disolvía cerrándose el zahuán. Espaciados golpes de
puerta,
iban dejando la calle en sombras y a la noche muerta.

Así encerrábanse todas las marionetas
de su lindo tablado y las "Siete Naciones" y "La Sierra
Mojada"
se convertían en sombras inciertas
al quedarse, a las once, la calle de mi barrio desolada.

MANUEL VELASCO MURGUÍA

Maestro normalista reconocido por su talento y su dedicación a las tareas universitarias.

Autor de Colima y las Islas Revillagigedo, Cosas de Colima, Relatos de Colima y La educación superior en Colima, *entre otros. Es digno de destacar su trayectoria como articulista en la prensa estatal, con la serie titulada* De mi mesa revuelta.

Participó en la fundación de la hoy Universidad de Colima y recibió del gobierno federal la constancia al mérito en la campaña nacional contra el analfabetismo. También fue distinguido con la condecoración Gregorio Torres Quintero *por méritos en la docencia.*

Varios espacios dentro de la Universidad de Colima llevan su nombre.

Duelos en la Piedra Lisa

Nuestra a veces olvidada Piedra Lisa ha sido al través de los años testigo no sólo del juego de los niños y pasatiempo de los adultos, sino también de carreras de caballos, de concurridas meriendas, amoríos y hasta duelos.

Cuentan que al principio del decenio de los veinte dos connotados ciudadanos de Colima, ambos médicos de profesión, uno aficionado a la fiesta brava y el otro a la música, pues tocaba el piano, tuvieron un serio altercado ante unos amigos con quienes departían bajo las azáleas con que don Juan Cenizo tenía adornado su bar en el andén del Jardín Independencia, hoy Torres Quintero, frente a la fachada posterior de la Catedral.

Con el concurso y las iniciativas del grupo se concertó un duelo a tiros entre ambos, hasta agotar las balas. Los padrinos entregaron a los contendientes sendos revólveres y cajas de parque y el encuentro se escenificó en la Piedra Lisa, con la condición de que cada uno escogiera su parapeto, desde el cual asomaría buscando a su contrincante para dispararle.

El caso fue que por seguridad o quizá por el pavor que se siente exponer el cuerpo a un impacto de bala, uno eligió una cerca de piedra y el otro, imitándolo, la Piedra

Lisa, pero ninguno de los dos dejaba ver ni un brazo, mucho menos la cabeza, pues hacían sus disparos hacia el zenit de su posición, con la esperanza de que al caer la bala de regreso a tierra, le cayera a su contrincante en la cabeza y lo matara, y así dieron fin a su dotación de diez cartuchos, mientras padrinos y mirones los observaban desde los troncos de los viejos sabinos de la Calzada Galván. Terminado el "duelo", regresaron todos a "El Paraíso" a continuar departiendo y comentando lo sucedido, noticia que se extendió como reguero de pólvora por la ciudad.

El mismo escenario fue elegido para zanjar una fricción entre otros dos caballeros; uno de ellos, galeno de profesión y originario de Tonila, Jalisco, que había tomado a esta tierra como su segunda patria chica a la que dedicó lo mejor de su vida, como lo han hecho otros jaliscienses. Por muy conocido, no se necesita revelar su nombre ni el relato lo requiere; vivía en San Francisco de Almoloyan y poseía una imprenta cuyo taller tipográfico se llamaba "El Dragón". Periodista, literato, político, historiador y mentor destacado de la juventud, opinaba que el maestro de la educación superior debe escribir el texto requerido para su cátedra, y no sólo eso, debe también editarlo. Desempeñó los cargos de director general de Educación Pública y jefe de los Servicios de Salubridad y en su juventud deambuló por el mundillo de la política militando en un partido contra el gobernador Alamillo, en 1913, y hasta llegó a tomar las armas.

El otro colimense era un hombre dedicado al comercio y a los negocios, y como el médico, fue también catedrático de la Escuela Normal en la clase de esgrima. Amante de las bromas, que su ingenio le permitía

manejar con igual destreza como su hábil mano manejaba el florete, departía con sus amigos, entre quienes gozaba de simpatía. Fue empresario del primer cine que hubo en Colima hacia 1920, que se construyó en el mismo terreno que ocupaba la Carpa Royal, pequeña empresa que periódicamente venía a Colima para ofrecer programas de proyección de placas o "vistas" y después cine mudo.

El relato nos hace saber que un día ambos coterráneos tuvieron un problema personal y el médico, no trayendo guante, pues ya no se usaban, sacó su pañuelo y con dicha prenda trató de azotarle el rostro al maestro de esgrima como señal de reto. Éste, retirando su cara para esquivar y parando en segunda con su brazo derecho como en la esgrima, le dijo más extrañado que sorprendido:

—¿Y tú, que traes con esa payasada?

—Estoy retándote a un duelo a muerte que será mañana, en la Piedra Lisa, a las seis en punto. Nombra tus padrinos y escoge las armas —dijo el médico.

—Mira médico, suponiendo que acepte esta peregrina ocurrencia tuya, pasada ya de moda y desventajosa para ti, si escojo el florete, sales perdiendo, porque en eso soy maestro; si escojo pistola, también, pues cuando te fuiste con tu berrinche al cerro, largaste al compañero y le rehuiste a los balazos, —contestó el retado.

Pero el médico no se arredró ante el negro panorama que se le había pintado como advertencia y le reiteró la cita a la hora propuesta. El arma escogida, espada.

Se dice que el retador pasó el resto de ese día y casi toda la noche, con la ayuda de un sastre, no practicando la esgrima, sino preparando su atuendo para estar puntual y vestido adecuadamente a la cita. Todo quedó listo a eso de las cuatro de la mañana, después de lo cual se dio un baño y se cortó el bigote a la D´Artagnan y la barba puntiaguda.

Don Sóstenes, viejo y paciente cochero del sitio del Jardín Libertad, estuvo puntual a las cinco de la mañana, bajo las frondas de un antañón y solemne zalate cercano a la casa del galeno y, por recomendación de éste, vestía traje oscuro y zapatos de charol.

Por su parte, el duelista para esa hora revisaba ya en un espejo veneciano de "cuerpo entero", su anacrónico atavío: sombrero de alas anchas adornado con pluma, camisa blanca de cuello ancho, corbata gris, chaleco negro a cuadros, capa, pantalón bombacho a rayas estilo capulina, medias y zapatillas con fuerte hebilla. Completaba su arreglo una pavorosa espada con elegante y magnífica empuñadura, que lucía en una panoplia, retirada ya de lejanos servicios.

Comprobado que todo estaba bien, el valeroso retador salió de su casa a abordar el cabriolet que le esperaba a unos veinte metros.

Coincidió su salida con el paso de unas molineras que venían del barrio de la Cruz Gorda y acompañándose unas a otras, se dirigían a su trabajo cerca del lugar. Estas madrugadoras, ajenas enteramente a lo que hacían el médico y su acompañante, se llevaron el susto de su vida al ver aquella rara figura conocida sólo en las novelas o en las películas, y todavía se aterraron más cuando

vieron subir al caballero negro a una calesa cuyo auriga gastaba un traje semejante y ambos hablaban.

Comentando lo sucedido, don Sóstenes y el médico pusieron rumbo al oriente de la ciudad por las empedradas calles, dejando oír en medio del frío mañanero, el acompasado trote del noble animal de tiro, que arrancaba con las ruedas herradas del vehículo; aquel ruido inconfundible y grato, que se nos antojaba puntos suspensivos que iban muriendo en la lejanía.

El coche llegó puntual a la cita en ese lugar donde se halla desde tiempo inmemorial esa roca colosal en cuyo derredor han jugado tantas generaciones infantiles, y donde en otros tiempos se juraron amor eterno muchos enamorados, sin faltar en todas las visitas la indispensable —resbalada", para hacer volver lisa y brillante, al paso de los años, la superficie de la roca, lo que le ha valido su nombre y el atributo de retener a todo visitante que sin darse cuenta gozó de ese tobogán para volverse colimote.

La llegada del cabriolet y el descenso del médico para esperar al hombre con el que instantes después se iba a batir, fueron con el ritual de un caballero medieval: el saludo de lenta caravana a los padrinos, la revista al lugar escogido como la palestra y la contemplación del otro solar, escenario en que tendría lugar un duelo con el chasquido característico de los aceros al chocar, que darían fin, con honor, a una vida que se escaparía por el angosto orificio de una hoja de espada que se hundiría en el pecho de uno de los caballeros.

El rival no se hizo esperar. Llegó solo y en bicicleta, sin más cosas encima que un agudo florete de los que usaba para dar sus clases, al que había cortado el botón.

Se bajó de su artefacto, lo acomodó y encarándose al médico le espetó:

—Mira médico. Si peleamos te gano y me da lástima matarte. Además, tendría que parar en la cárcel y no me agrada la idea. Por otra parte, Colima perdería en ti una gente importante en el campo de las letras. Como te dije ayer, déjate de fantochadas, pues aquí tú seguirás siendo El Tlacuache y yo La Venada.

Dame por muerto y nos seguiremos viendo.

GENARO HERNÁNDEZ CORONA

Genaro Hernández Corona nació en la ciudad de Pátzcuaro, Michoacán el 2 de febrero de 1927. Desde pequeño se vino a radicar a Colima con sus padres y hermanos. Profesor normalista e historiador. Fue director de la Escuela Normal de Maestros y secretario de la Dirección General de Educación Pública en el Estado.

Recibió las medallas Ignacio Manuel Altamirano *y* Gregorio Torres Quintero *por sus méritos y años de servicio; en 1965 recibió la Venera de Oro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.*

Entre sus obras publicadas se encuentra San Felipe de Jesús en la historia de Colima, María del Refugio Morales, la poetisa colimense *y* Gregorio Torres Quintero. Su vida *y* su obra.

El profesor Hernández Corona nos ofrece cuatro textos inéditos; los dos primeros forman parte del libro que actualmente prepara sobre el ilustre maestro Francisco Hernández Espinosa.

Colima la bella

Colima, la entidad de la Patria Mexicana que es búcaro y crátera de naturaleza prodigiosa, en cuyo paisaje se encuentran playas marinas de arrobador embrujo; enhiestas y nevadas montañas de perfiles arrogantes; amaneceres y crepúsculos de inigualables coloraciones; la flora que presenta en las hojas de sus vegetales todo el verdor encantado de las clorofilas y todas las gamas y matices en los crotos más hermosos.

Esta tierra bella, "tierra del sol", que es un delicioso hechizo, y que es la patria generosa del "alfajor de coco", del néctar-regalo que se llama "tuba", y del principal de los condimentos, llamado "sal de Colima", el que sazona comidas y que refina el especial gusto de algunos vinos; esta acogedora provincia de la nación, que se tiende en el extremo occidental del México siempre altivo y digno, porque así lo ha querido el destino mismo, es y ha sido cuna de maestros brillantes por su saber; dignos por el estoicismo que han dedicado al ejercicio de su apostolado; arquetipos y espejos en que debieran mirarse las juventudes de todas las épocas, y, en fin, diáfanos y prístinos ejemplos que han merecido, merecen y habrán de merecer, ayer, hoy y siempre, la admiración y el reconocimiento unánime de todas las generaciones.

Laudanza al maestro Francisco Hernández Espinosa

La imponente figura del Maestro
frente al grupo de efebos anhelantes
emite sus eflubios fulgurantes
convocando a cambiar el mundo nuestro.

Su rostro, y su voz en tono diestro
mantiene a sus alumnos espectantes,
pues sus doctrinas son edificantes:
la nueva educación anhela presto.

De John Dewey presenta sus doctrinas;
de Kilpatrick sus famosos proyectos,
de Ovidio Decroly los Centros de Interés
y de Comenio, los métodos diversos.

El aura plena de su ejemplar figura
penetra hondo en las almas todas,
de los que el privilegio han tenido

de ser forjados del singular artista:
el Maestro ejemplar que los modela
en la noble carrera Normalista.

Al volcán de Colima

Oh, coloso inmortal, yo te saludo;
símbolo inmenso de la tierra mía,
egregia es tu figura, y a porfía
del pueblo colimense eres su escudo.

Tú tienes feroz fuerza en tus entrañas,
antiguo y gran guardián del pueblo mío;
soberbia es tu silueta en desafío
de embates y de insidias nada extrañas.

Titán inmenso de nieves coronado,
como pasión candente es nuestro afán:
¡Tú, jamás serás de aquí alejado!

Tu progenie y estirpe es de Coliman;
auténticamente, así eres proclamado,
y así los siglos venideros te verán.

Papá y mamá

Mi papá es el hombre más bueno del mundo,
por eso lo quiero con amor profundo;
él trabaja siempre de noche y de día
para que yo viva lleno de alegría.

Yo adoro a papá y a mamá también,
dos ángeles buenos de amor y de bien;
para ti mamita, mis ojitos son;
para ti papá: todo el corazón.

MARÍA DEL REFUGIO MORALES

María del Refugio Morales Trejo, llamada cariñosamente Cuquita Morales, nació en la ciudad de Colima el 13 de agosto de 1892, en plena época porfirista. Desde muy niña se interesó por las manifestaciones artísticas y culturales. Cuquita, además de escribir, era amante de la música, de la pintura y del teatro.

Cuquita Morales no sólo escribió poesía, también publicó artículos de fondo en medios locales. Como escritora perteneció a la Unión Colimense de Periodistas en la que participaban: Miguel Galindo, Aniceto Castellanos y Rafael Macedo López, entre otros. Es conocida como La poetisa colimense.

A Colima, mi terruño amado

Le he rimado a Colima, mis estrofas más bellas;
en fino pebetero le he quemado mi amor;
¡soy la sacerdotisa de esta gentil doncella
cuyo templo, de palmas, tiene un suave rumor!

Le he ofrendado a Colima, mis canciones más dulces;
he afinado mi lira en las olas del mar...
le he pedido a los cielos el fulgor de sus luces
y a los dulces cenzontles su apacible trinar.

He anhelado el arrullo de este río enamorado
que ciñe su cintura con abrazo febril...
y escribir en el pliego de papel satinado
de alas de sus blancas mariposas de abril.

Y pintar gobelinos, con la rica paleta
de su valle y volcanes de esmeralda y zafir,
¡porque soy por ventura su esclava predilecta
que le viste y le adorna con el oro de Ofir!

Que en las noches plateadas, cuando la luna asoma,
¡la arrullo recitando mi más tierna oración...
y que velo sus sueños de tímida paloma
y la envuelvo en la gasa de mi fiel corazón!

Y después... ¡Cuando quede donde todo reposa,
no morirá, aseguro, este filial amor;
¡que aún mis huesos pudriéndose en una triste fosa
han de enviarle su savia transformados en flor!

La Feria de Todos Santos en Colima

Pregones:
¡El ruido de uñas! ¡El ruido de uñas!
¡Queso! ¡queso! ¡queeesereso! ¡queso de tuna cardona!
¡Arrímense! ¡arrímense que estamos quemando a los californianos...
y muy chapiaditos los perones...!
¡Mujeres... a diez el ciento y no vanas... ¡Las nueces de Amacueca!
¡As... de oros! ¡Caballo... de espadas!
¡Tres de bastos...! ¡Manilla de copaaas!

Chatita, écheme un canelazo, pero con su chorrazo de alcohol... y aunque me vea chaparrito, no soy olla, soy jarrito... ¡Uy...! ¡Uy...! ¡Uy...!

¡Feria de mi tierra:
manteado que encierras
mil recuerdos gratos...
cual de esos arcones de los tiempos idos
que guardan avaros, de seres queridos:
pañuelos, listones, cartas y retratos!

Feria rumorosa,
con olor a rosas
a uvas y perones...

con rayos de luna, crepitar de cohetes,
y puestos de cena, dulces y juguetes,
jícaras, cucharas, cazuelas, jarrones...

Grácil morenita
traviesa y bonita
de negros ojazos,
que has abanicado tus grandes quimeras
con el abanico de esbeltas palmeras
que orgullosas duermen en tu fiel regazo.

¡Vuelven a mi lado
los tiempos pasados
junto a mis mayores:
las Ferias aquellas en que yo veía
menos elegancias... y más alegrías...
y declaraciones de castos amores!

Jardín donde lindo
tocaba el cilindro
de los "Volantines",
mientras en los lomos de briosos caballos
de fina madera, retintos y bayos,
paseábamos junto, siendo chiquitines.

Cuando con un peso:
comprábamos queso
de tuna, manzanas,
sabrosos pasteles en las neverías;
nueces, cacahuates y otras chucherías
que eran el encanto de la edad temprana.

No había exposiciones
de aquestas regiones
en fruto y simientes;

ni Reinas hermosas, Princesas y pajes
vestidas de sedas y ricos encajes,
que admiraran tanto las sencillas gentes...

En largas hileras
venían las rancheras,
andando, catrinas;
luciendo amplios trajes de mil colorines,
comprando sonajas a sus chiquitines
y jarritos nuevos para sus cocinas.

Hoy volvió a sentirse
Colima... la triste...
otra vez pequeña:
¡olvidó su duelo...! ¡se quitó el embozo!...
¡y se torció con gracia exquisita el rebozo
y entonó animosa su canción risueña!

¡La canción de antaño
que en año, tras año,
su voz modulara:
¡y otra vez hay gritos en las loterías...!
¡y otra vez mariachis en canelerías...!
¡y olor a sopitos; a tuna, a enchiladas!

¡Palpita mi arteria
romántica Feria
porque, hoy me recuerdas:
cuando de la mano mamá me traía
a comprar juguetes; mientras la armonía
de algún lento vals, vibraba en las cercanías!

¡Cuando yo era pura!
¡cuando la amargura
no sombreaba mi alma...!

¡cuando los placeres no me habían clavado
con suave destreza, dardo envenenado...!
¡cuando no mentía... y tenía fe... y calma!

¡Cuando era tan buena
cual nívea azucena..!
¡Cuando los sonrojos
del amor profano no teñían mi frente...!
¡y no se nublaban con el llanto ardiente
de inmensos dolores, mis oscuros ojos...!

¡...Madrecita amada!
que aún te veo nimbada
por la honestidad:
¡llévame a la Feria...! ¡baja en un rayito...!
¡cómprame juguetes...! ¡dame un dulcesito!
que me sepa.. ¡Madre...! ¡a felicidad!

FELIPE SEVILLA DEL RÍO

Felipe Sevilla del Río es reconocido como un historiador preciso. Su visión es científica y parece desdeñar la especulación y la fantasía, vicios que aquejan a algunos historiadores y cronistas locales, no sólo de Colima, sino de cualquier otro lado.

Entre sus principales textos de historia se encuentra el Breve estudio sobre la conquista y fundación de Coliman, *y la paleografía de la ya famosa* Relación sumaria de Lebrón de Quiñones.

Una de las principales avenidas de la ciudad de Colima lleva su nombre.

Este notable historiador además escribió narrativa y poesía. A continuación presentamos una muestra de su trabajo literario.

Cuyutlán

Romance que trajo el viento
en la noche tropical,
rumor del agua en la arena,
¡romance de Cuyutlán!

Por las rampas de las dunas
a la orilla de la mar,
las olas suben y bajan,
las olas vienen y van.

Verde color de las ondas,
verde como no hay igual,
verde el rayo del crepúsculo,
verde la montaña está.

Por el Oriente, la luna
empezóse a desnudar
y brama el mar, poseído
de lujuriosa ansiedad.

En los palmares, el viento
pulsa su arpa magistral.
¡Cómo es propicia al ensueño
la noche plenilunar!

Cien hamacas, cien vaivenes
enhebrando un sueño están
para el alma que, sin opio,
quiera en la calma soñar.

La luna baja, la luna
sobre el agua dormirá.
El relente cae, colado
en cedazos de cristal.

Miradas de amor la niña
en el mar, clavando está.
Amor que las olas tornan
y que la hacen suspirar.

La espuma, flor del deseo,
sus plantas besa y se va.
¡Nunca vio ella caballero
tan galante como el mar!

Ávida la niña, goza
rara voluptuosidad,
tiembla el agua entre sus muslos,
en sus senos y en su faz.

En los palmares el viento
pulsa su arpa magistral
y en cálida voz se mece
la dulzura de un cantar:

"A la orilla de un palmar
estaba una joven bella,
su boquita de coral
y sus ojos dos estrellas..."

La canción vuela en la brisa
ligera entre el cocotal,
y como un rocío, fresca,
en la flor del alma cae.

Romance que trajo el viento
sabor de coco y de sal,
rumor del agua en la arena,
¡Romance de Cuyutlán!

El trino

Dulce, alegre, libre, claro surge el trino,
con el ritmo que inconsciente darle sabe
la garganta polifónica del ave,
que es del canto filtro mágico y divino.

Y entre el bosque vibra mélico y aurino
cual sutil cristal que llora en fina clave,
y en sonoras transparencias llega, suave,
hasta el alma del que va por el camino.

Oh, los trinos de los pájaros salvajes,
los que saben de distancias y de viajes;
notas sacras esparcidas por los vientos

y en las hojas de los árboles impresas.
¡Qué distintas son, Señor, de los lamentos
de las aves que en sus jaulas lloran presas!

La gota

Cae la gota cristalina, cae la gota
como lágrima que brota de hialina
e inefable fuente ignota; cae, rebota
y deshácese ladina, clara y fina.

Desde vaga edad remota, cristalina
perla o lágrima divina, suave azota
en la roca de nigrina y una nota
con el choque vibra y flota, cantarina.

Y hasta el alma: miel o acíbar; blanca, endrina,
con isócrono intervalo llega y frota,
y en la tierra cae al grano que germina.

Y honda huella va forjando paulatina
donde quiera que ella brota, cae, rebota
y deshácese hialina, tersa y fina.

ENRIQUE LÓPEZ RIVERA

Es necesario un recuerdo personal. No tenemos precisión del año, pero en el Cine Colima, hoy desaparecido, a una edad breve y en compañía de los padres, disfrutamos una película mexicana, muy bella y bien lograda, llamada El hechizo del pantano.

Al finalizar la película, en los créditos, aparecía la siguiente leyenda (si es que la memoria no falla): Basada en la novela "La mariposa del estero", del escritor colimense Enrique López Rivera.

Los asistentes al cine se emocionaron. Se sucedieron las voces de elogio ¿Mira, un colimense?, y todos aplaudimos.

Pero el maestro no sólo escribió narrativa. También poemas inspirados, como el que aquí se recupera.

Camino Real de Colima

Viajero que vas pisando sílabas de mil leyendas,
sílabas blancas que forman a lo lejos serpentinas,
serpentinas en polvo blanco o rojo sangre de roca,
glóbulos de mi planeta de distancia remolida,
sílice que fuera monte,
coliguana,
siempreviva,
o un ejército de pinos
marchando hasta el infinito,
¡dime qué destino llevas que a tus pies se arremolinan
voces que quieren gritarte mil historias sucedidas!
Dime viajero qué sientes al recorrer el camino:
camino... viejo... ¡Camino Real de Colima!

Pastizal azul celeste con ovejas esparcidas
en la hondonada poniente,
lumbre en el perfil del monte, allí,
donde es alcancía
para la moneda de oro que cae al morir el día.
Poncho que se va extendiendo
sobre los despeñaderos,
y sobre el lomo del cerro,
prenden faroles azules los abetos y los cedros.
Allá, en un triángulo verde que se va tornando negro
se va formando un enjambre de cocuyos y luceros
mientras un bronce murmura un rosario de recuerdos.

Salta la brisa de un cerro y rueda por las colinas
por donde va transcurriendo aquella blanqueada cinta:
camino... viejo... ¡Camino Real de Colima!

Ánimas de los arrieros con su tropilla de acémilas,
contornos fosforescentes
y anatomía transparente
avanzando por un polvo que no pisan y no sienten.
Relámpago de fusiles en la negrura de pinos
y ojos escudriñadores en los barrancos vecinos,
acecho de los cristeros que allí dejaron su esencia
entre los despeñaderos,
y a la sombra gigantesca del eterno pebetero,
lanzan vociferaciones en idioma de silencio.
Resbalándose en la nieve que causara la llovizna
van cayendo las estrellas con sus sonrisas de niña.
Camino... viejo... ¡Camino Real de Colima...!
Hay acero al rojo blanco sobre un rumbo
transmontano
fraguas y metal fundido
con relampagueo de plata,
o vapores de un azogue que sobre el azul se estampa.
Parvadas de garzas negras huyen a otro continente,
en la espínula del pino
cuelga guirnalda de vidrio;
el cielo se va blanqueando donde comenzó el camino
y los valles se deslumbran con la sonrisa del alba.
La recua va somnolienta por delante del arriero
tropezando con los bordes de la Barranca del Muerto.
En el Altar de los Tiempos hay fumarolas de incienso
y rueda por su gradería sangre de planeta tierno.
La vida va renaciendo por los valles y colinas
y vuelve el camino viejo a lanzar sus serpentinas...
Camino... Camino viejo... ¡Camino Real de Colima...!

Teje el arácnido un sueño con hilos y pedrería entre
las ramas musgosas del abeto y de la encina:
columpios de luz trenzada
luceros en pleno día
para deslumbrar las gasas y nervaduras más finas.
Se oye un rodar de cristales en un profundo escondite
multiplicados de verde el Paso de Atenquique;
sinfonía de verde tierno
y profundidades de vértigo
profundidad donde el verde se confunde con el negro
y un torrente se descuelga entre fragores y truenos.
El arriero va cantando viejos sones abajeños
con la música de fondo de calandrias amarillas
y hasta las piedras relumbran como si tuvieran vida...
Camino... camino viejo... ¡Camino Real de Colima!
Camino... Viejo camino que no he conocido en vida,
sin embargo están mis huellas eternamente esparcidas
por tus valles y colinas;
está grabado mi nombre
desde inmemorables tiempos
en cada tronco de pino, en la corteza del cedro
está mi sangre reseca flotando en tus remolinos.
Mi espíritu ha cabalgado en acémila invisible
salvando desfiladeros,
viendo incinerarse el bosque con el tembloroso fuego
que brota de las luciérnagas y los azules luceros,
santiguándose en las sombras por el rumor de los
muertos
que ofrecen al caminante
tantos tesoros secretos.
Camino... Viejo camino..., ya llévame a mi provincia,
quiero escuchar ese diálogo de las palmas y la brisa,
quiero respirar ese aire con aroma de marismas,
quiero besar esa tierra
a la luz de las estrellas

que chocan unas con otras en el cielo, agua marina,
quiero dejar para siempre mi fatigosa poesía
a la sombra de sus puentes o allá, por la Piedra Lisa,
quiero dormir para siempre bajo un laurel de la India.

¡Llévame, viejo camino... llévame en tus serpentinas
donde está mi corazón con su sangre remolida
agobiado de horizontes y de distancia infinita!

¡Llévame, viejo camino...! Camino Real de Colima.

NOTA FINAL

Los compiladores —o "fragmentadores"— aclaran que usaron y abusaron de algunas compilaciones previas, entre ellas: ***Lecturas de Colima*** publicado por el INEA en 1988; ***Colima en letras***, editado por el sello "Libros del rincón, SEP" y el Gobierno del Estado de Colima a través de su Secretaría de Educación en 2000 bajo la coordinación de Rubén Martínez González y ***Antología poética colimense*** de Rigoberto López Rivera publicada por la Universidad de Colima y el Ayuntamiento de Colima en 1991.

De igual forma, se consultaron, entre otros, los siguientes textos:

Colima en el espacio, en el tiempo y en la vida, de Miguel Galindo, Club del libro colimense, 1963.

Colima de mis amores, de Ricardo Guzmán Nava. Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura, Universidad de Colima, 2004.

Las ofrendas, de Balbino Dávalos. Gobierno del Estado de Colima, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1987.

Las ofrendas, de Balbino Dávalos. Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura, Universidad de Colima, H. Ayuntamiento de Colima, CONACULTA, 2002.

Rapsodia en cero absoluto, de Jorge Portillo del Toro. Club del libro colimense, 1979.

Más allá de los ocasos, de Jorge Portillo del Toro. Universidad de Colima, 1982.

Memorias, de Daniel Cosío Villegas. Joaquín Mortiz, 1977.

Cuentos colimotes, de Gregorio Torres Quintero. Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura, CONACULTA, 1998.

Cuentos colimotes, de Gregorio Torres Quintero. Universidad de Colima, 2006.

Letanía erótica para la paz, de Griselda Álvarez. Gobierno del Estado de Colima / Instituto Colimense de Cultura, CONACULTA, 1997.

Glosa de la Constitución en sonetos, de Griselda Álvarez. Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura, 2007.

Terrena Cruz. Vida y obra de Agustín Santa Cruz, de Ada Aurora Sánchez / Marco Jáuregui. Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura, Universidad de Colima, 1998.

María del Refugio Morales. La poetisa colimense, de Genaro Hernández Corona. Gobierno del Estado / Secretaría de Cultura, 2002.

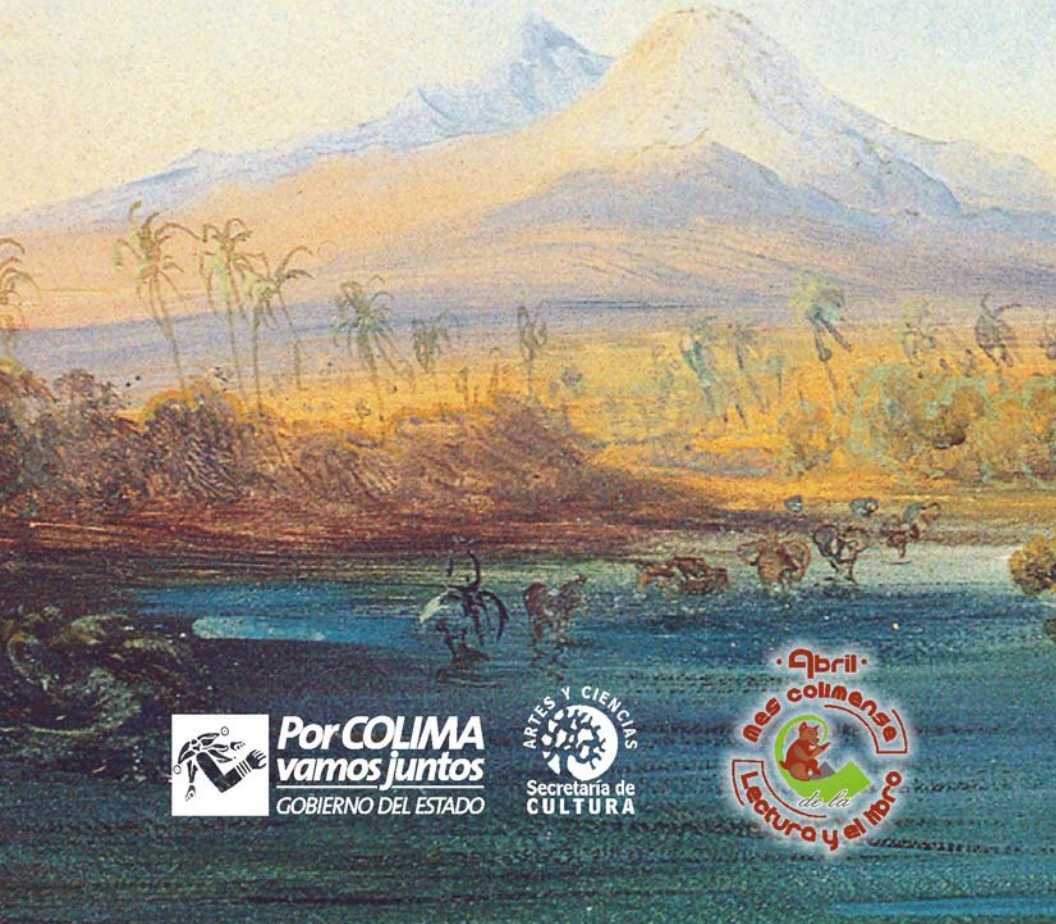
Claro surge el trino, Antología de Felipe Sevilla del Río. Gobierno del Estado de Colima, 1988.

Fragmentos de Literatura Colimense
Selección y notas de *Rubén Pérez Anguiano / Víctor Uribe Clarín,* se terminó de imprimir en abril de 2008 en la Editorial de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado con un tiraje de 15,000 ejemplares.
Coordinación operativa: *Rodrigo Ramírez Rodríguez.*

El Gobierno de Colima es un gobierno amigo de la cultura.
Uno de nuestros esfuerzos sustantivos es el aliento a la lectura,
al cual le dedicamos numerosas actividades interdisciplinarias:
intensas en el mes de abril y constantes durante todo el año.
Esta publicación, dirigida a todos los colimenses,
forma parte de estos esfuerzos.

Por Colima vamos juntos.

Jesús Silverio Cavazos Ceballos
Gobernador Constitucional del Estado de Colima



Por COLIMA vamos juntos
GOBIERNO DEL ESTADO

ARTES Y CIENCIAS
Secretaría de CULTURA

Abril mes colimense de la Lectura y el libro